

	MES.	TRIMESTRE.
En Madrid...	10 rs.	30 rs.
En provincias...	12 rs.	35 rs.
En el extranjero...	15 rs.	45 rs.
En las Américas...	20 rs.	60 rs.
En el extranjero...	25 rs.	75 rs.

Número suelto, un real.

Muestras las estaciones del periódico no lo impiden, se edita y se reparte en los días de los meses, y se reparte en los días de los meses, y se reparte en los días de los meses.

EL ECO DE ESPAÑA se publica todos los días, a excepción de los días de las grandes festividades del año.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

En la Administración y Redacción de este periódico en la calle de San Mateo, núm. 8, en el segundo piso.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de libranzas del Giro mutuo, o de los correos, y también por letras de exacta realización a favor de la Administración; de esta última manera, o bien haciendo el pago en efectivo en la Administración, se cubrirá las suscripciones en Ultramar.

En París, D. José Peláez y Alviñana, 20, rue Chapin. El importe de las suscripciones que se envíen por cualquiera clase de giro, se aplica que se verifique por medio de carta certificada como medio de evitar toda clase de extravío.

AÑO II.

MADRID.—Martes 3 de Enero de 1871.

NÚM. 277.

He aquí las adhesiones que recibimos ayer a los principios del partido moderado conservador: Sres. D. Angel Ordoñez Masot, ex-diputado a Cortes.—D. José Infantes.—D. Bernardo Herrero Velasco.—D. Antonio Suarez y Crespo.

Nuestros apreciables y consecuentes amigos políticos de Villacayo nos escriben adhiriéndose igualmente a los principios sustentados por el partido moderado conservador, y en nombre de todos los del partido judicial suscriben la carta de adhesión los señores:

D. José María de Isla.—D. Eugenio María Guinea.—D. Juan L. Gutiérrez.—D. Miguel Lastra.—D. Pedro Soane de Rusio.—D. Antonio Fernandez Villosar.—D. Leopoldo Bustillo.

Nuestros apreciables y consecuentes amigos políticos de Antequera nos escriben adhiriéndose igualmente a los principios sustentados por el partido moderado conservador, y en nombre de todos los de la localidad suscriben la carta de adhesión los señores:

D. Agustín Muñoz.—D. Fernando Moreno.—D. Joaquín Muñoz y Rubio.—D. José Guerrero.—D. Juan Guerrero y Muñoz.—D. Juan María Chacon.—D. Francisco Guerrero y Muñoz.—El marqués de Cela, ex-senador.—D. José de Jesús Chacon.—D. Manuel Chacon.—D. Fernando Chacon.—D. Antonio Chaca Ortiz.—D. Antonio Chaca y Galvez.—D. Pedro Limón.—D. Luis María de Solano Rodríguez.—D. Juan Limón.—D. Luis González.—D. Juan Francisco Sánchez.—D. José Moreno.—D. Ramon de Lara.—D. José Torralva.

CRONICA PARLAMENTARIA.

Por fin, se han disuelto ya las Cortes de la revolución, aquellas sapientísimas cortes producto del sufragio universal de los progresistas y del restringido de los demás partidos que quisieron enviar a ellas sus representantes; donde tan elocuentes voces se han elevado, haciéndonos admirar las sublimes elucubraciones de las cien notabilidades de campanario que no hubiéramos tenido la dicha de conocer sin el glorioso hecho de la revolución de Septiembre.

Ya no recibiremos las sabias y profundas enseñanzas que recogíamos de sus fecundísimas sesiones, ni presenciaremos aquellas animadas escenas de bello desorden que con frecuencia nos ofrecían, sin duda para amenizar el grave espectáculo que daban al país.

Mucho hemos perdido indudablemente, porque es difícil que se reúnan otras cortes en que tanto resplandezcan la sabiduría, el talento, la elocuencia y todas las demás cualidades que distinguían a las que acaban de pasar a mejor vida; pero nos resta la esperanza de que, continuando en el poder los hombres de la revolución, otras vendrán, a su sazón y tiempo, ya que no iguales, muy parecidas, como procedentes de la misma familia.

La sesión regía que ha sido, digámoslo así, el agua regía en que las Cortes de la revolución, sin ser oro ni mucho menos, se han disuelto ayer; la sesión regía que ha puesto fin a la soberanía comanditaria de los 346 licuoros escogidos entre la flor y la espuma del país; el último acto de esas Cortes que tanto hemos admirado, ha estado en completa armonía con todos los que ha ejecutado desde el primer día de su existencia: *sicut vita, finis ita*.

El salón de sesiones, no presentaba el aspecto que debía esperarse en atención al acto que iba a tener lugar: la concurrencia no era numerosa ni brillante, si se exceptúa la de la tribuna construida ad hoc en el mismo salón para los diplomáticos que contrastaba notablemente con las demás; pero oigan nuestros lectores a *La Epoca* que nos ahorra el trabajo de describirles los detalles presentando en los siguientes párrafos la exactísima fisonomía del palacio de las Cortes en la sesión de ayer:

«A las once se abrieron las tribunas. Aunque se han repartido tarjetas de invitación a los periódicos, no se ha guardado la inmutabilidad de la tribuna reservada a la prensa. En el concurso que ocupa las demás

tribunas todo es pueblo, no dividiéndose apenas una cara conocida, ni un porte distinguido.

A consecuencia de la nieve, que no cesa de caer un instante, no ha habido, como otras veces, tumulto en las puertas, y la concurrencia va llegando lentamente.

En el vestíbulo del palacio de las Cortes y en el salón de conferencias no se ha preparado nada; solo de este último se ha quitado el velador que había en el centro. Del salón de sesiones han desaparecido el gran pupitre y mesa presidencial, el de los ministros y el estradillo de los esquivados.

El estrado central ha cubierto con una rica alfombra; apareciendo bajo el dosel y detrás una mesa cubierta de paño de damasco carmesí, festoneado de oro, tres sillones iguales y dorados, con asiento y respaldar de damas del mismo color. Otros cuatro sillones, iguales a los anteriores, se han colocado en los extremos, y en el derecho otra mesa con las insignias reales sobre una banqueta de plata. Sobre la mesa presidencial luce la rica escribanía de oro, regalo a las Cortes de la reina condesa de Mina, una cruz de ebano, fiteada de plata, los Evangelios y el ejemplar de la Constitución. El conjunto nos parece pobre, abigarrado y mezquino.

A la izquierda, de que por analogía podemos llamar estrado del tron se levanta otro con cuarenta y tres sillas de rejilla, en destino al cuerpo diplomático. Sobre él, en la laguna donde campearon los ilustres nombres de Dadois Velarde, Alvarez y Palafox, que no fueron progresistas, ni lucharon sino por la independencia de la patria y por liberarla del yugo extranjero, se ha inscrito a el del general Prim según acordó el voto de las Cortes.

A última hora, y cuando la tribuna diplomática está ocupada por las elegantes señoras de los representantes de las potencias extranjeras, se deshace el estrado para colocar una nueva y rica alfombra traída de palacio. No por eso mejora la estética; pero algunos diputados ayudan a la colocación sobre la tarima, mientras otro grupo se entretiene en manosear el centro.

También se cambia la escribanía de oro por otras volúmenes de plata. Forman delicioso contraste los individuos del cuerpo diplomático, descubiertos y en cuerpo desde que pensaron en el salón, con algunos señores diputados cubiertos, engabados y apurando los restos del cigarrillo que encendieron en el salón de conferencias.

En los escaños de los diputados hay muchas señoras, entre las que se distinguen las familias de Serrano, Ory, Zorrilla (D. Miguel y D. Francisco), Albareda, Moya, Eraso, Moreno Echeverría, Carrasón, Moncali, Herrero (D. Sabino), Riquelme (D. Gabriel), Milanes, y otras, de las que podemos llamar la aristocracia de la intimidad; cuya variedad de trajes, en que el clásico terciopelo negro alterna con los vivos colores de las vistosas lanas, forma un rar conjunto que completan y armonizan los rasos, blondas y gasas de los trajes de corte de las señoras de los representantes diplomáticos; y las gráficas uniformes de los ministros extranjeros, todos los cuales asistían a la ceremonia.

A las dos menos diez minutos, precedido de dos maceros, penetra en el salón el Sr. presidente Ruiz Zorrilla, que ocupa el sillón central del estrado: en los cuatro de los extremos se sientan las señoras secretarías. Los diputados, de frac y corbata negra, se extienden por los escaños: el Sr. García Ríz es el único diputado republicano asistente; ningún tradicionalista.

Solo le falta a *La Epoca* consignar que la tribuna reservada ordinariamente al cuerpo diplomático estaba ocupada exclusivamente por la señora del general Serrano acompañada de la del Sr. Ulloa.

Con este boceto, pueden nuestros lectores, aun los menos aptos para la pintura, trazar un cuadro de grandes dimensiones que podrá denominarse *Gran ceremonial protesta-democrático*, y que será mejor cuanto mas bellones sean los colores que se empleen y mas gorda la brocha que se use.

La sesión se redujo a la entrega que hizo el general Serrano a las Cortes de los poderes que estas le habían confiado, mediante un breve discurso de cajón; al juramento prestado por don Amadeo en manos del Sr. Ruiz Zorrilla, de guardar y hacer guardar la Constitución de 1809 y las leyes del país, y a otro breve discurso del presidente de la Asamblea declarando terminado el acto y la vida de las Cortes.

Los muchos jefes que se disputaban a la sazón los girones de la India, ninguno podía compararse, ni como caudillo ni como hombre de Estado. Cuando fué general, se hizo soberano; y de trozos de antiguos principios que se diseminaban en el naufragio universal, formó un imperio considerable, compacto y poderoso, que regia con la habilidad, el rigor y la valentía de Luis XI.

Era inclinado a los placeres lusciosos é implacable en sus venganzas; pero sabía que la prosperidad y bienestar de los súbditos robustos y vigoriza la fuerza de los gobiernos. Era un tirano; pero, al menos, tenía el mérito de proteger a sus vasallos contra toda opresión extranjera. A pesar del avanzado de su edad, su inteligencia estaba tan despejada y su corazón tan firme como en la flor de los años. Este grande hombre, fundador del reino mahometano en el Mysore, y enemigo el mas temible que hayan tenido los conquistadores de la India, se llamaba Hyder-Ali.

Si Warren Hastings hubiera sido gobernador de Madrás, Hyder-Ali habría vivido en paz y amistad con la Inglaterra, ó hubiese hallado vigorosa oposición; pero, desgraciadamente, las autoridades inglesas del Mediodía esclataron y provocaron la cólera de su poderoso vecino sin hallarse preparados a rechazarlo. Así fue que vieron, cuando menos lo esperaban, descendiendo por agrestes desfiladeros, cubiertos de espesura, un ejército de 90.000 hombres, muy superior en disciplina y valor a todos los demás ejércitos indígenas. Aquella irrupción que bajaba del Mysore a los llanos del Carate, arrastraba consigo 100 piezas de artillería, y la dirigían oficiales franceses, educados en los mejores colegios militares de Europa.

La marcha de Hyder-Ali era triunfal. En muchas guarniciones inglesas, los capitanes rindieron las ar-

Nuestros lectores hallarán en el extracto, que en su lugar acostumbrado publicamos, el contexto de uno y otro discurso; lo que no hallarán es el marcadísimo acento italiano con que D. Amadeo pronunció las brevísimas palabras de la fórmula del juramento; el grito de «viva la libertad» que no sabemos si un sincero entusiasmo ó el deseo de llamar la atención de D. Amadeo arrancó al liberal Sr. Alvareda, el cual no fué contestado por nadie, y la circunstancia de que los diputados presentes al acto no sumaban el número legal para votar leyes. Quizá el entusiasmo de la Cámara no la hizo reparar en este pequeño detalle.

Por lo demás, todo nos pareció armónico en la sesión de ayer, con una sola excepción: los diputados de la situación revolucionaria penetrando en el salón cubiertos y con gabán, paseándose mientras consumían las colillas de sus cigarrillos ante la tribuna de los diplomáticos, en que los individuos de este cuerpo se hallaban de uniforme y descubiertos; el manoseo por dichos diputados de las insignias reales, como si se tratara de un juguete curioso, cosas fueron que nos parecieron muy naturales, muy democráticas. Solo nos hicieron disonancia la presencia del Crucifijo en la mesa presidencial de la Cámara que ha votado la libertad de cultos, y la proximidad del libro de los Evangelios al libro de la Constitución de 1809.

¡Descanso eterno a las Cortes Constituyentes!

LA ENTRADA DE DON AMADEO.

Una capa de endurecida nieve cubre los ateridos campos de Castilla, como un sudario funeral el cadáver de una matrona. Allí a lo lejos, Madrid, la cabeza de la monarquía, dejando ver sus cúpulas de pizarra y sus tejados cárdenos en parte y en parte blancos, y sus arboledas del Retiro negras por la helada, semejan la cabeza del cadáver no descompuesto aun, que muestra entre la negra y desordenada cabellera las rosas blancas de lúgubre guirnalda.

Desde lejos se aproxima silvando, como serpiente de negros anillos, un tren de camino de hierro. En él viene un príncipe de la casa de Saboya, el futuro rey de España. Al dejar las playas italianas, le saludaron los cañones españoles, calientes todavía con la salva funeral hecha a Madoz, el que se jactaba de haber escrito en el programa de la revolución el anatema a la antigua dinastía. Al pisar ahora el suelo de la corte, aun están marcados en la nieve los rastros del carro fúnebre de Prim, el favorecido de Isabel II destronado, el amigo particular de Napoleón destronado también, de Prim que decía: *El que no quiera ver al rey italiano no tendrá mas arbitrio que encerrarse en su casa*. ¡Ah! Prim no puede ver al rey italiano porque está encerrado en el ataud.

Triste despedida, triste recibimiento, funesto agüero trae este pobre monarca.

Ningún rey, y esto es natural, ha hecho hasta ahora en la corte de España su entrada primera arrastrado por el vapor; pero ninguno tampoco, y esto es casual, ha venido en circunstancias, ó naturales, ó políticas, tan extraordinarias como la presente.

La nieve cubre el suelo, el temor hiela el alma. No hay flores ni hojas en los árboles que cubran el camino; no hay recuerdos de gratitud, ni vitores de esperanza que asomen a los labios.

Nuestros antiguos reyes, apenas llegados a su corte se dirigían al santuario de Atocha. Lo mismo hace el recién venido, pero solo encuentra en Atocha el féretro del general Prim.

¡Qué habían de decir a los atónitos ojos de Amadeo I la imagen venerada de nuestros padres, despojada recientemente hasta de las alhajas que esta última reina legítima perpetuaba su piadosa gratitud por haber escapado del puñal asesino! Los estandartes de nuestra antigua guardia real acibillados de blancas, no solo en Almanza y en Villaviciosa, sino en Arianab y en Mendigorría, qué habían de decir, al nieto de aquel voluntario de Angulema que arrancó del trocadero

ro el estandarte de nuestras libertades, ni al hijo del que, pocos años há, llamaba a Montemolin rey legítimo de España? Por lo demás, bien y prudentemente hubiera hecho Amadeo en no pisar la basilica de Atocha, casi al mismo tiempo y en los mismos días en que su padre pone el sacrilego pié en la basilica de Letran.

No existe ya la antigua puerta de Atocha, que vió entrar triunfante a Fernando desde Aranjuez y a Castaños desde Bailén, ni la municipalidad moderna ha sustituido la miserable fábrica con arcos de lienzo pintado ó de ramaje. Verdades es que el ayuntamiento actual pobre de solemnidad, no tiene caudal, no ya para decoraciones de papelón, pero ni aun para el caldo de los enfermos; y en cuanto a ramaje y hojarasca no sabemos si habrán dejado algo en los parques reales y municipales las inexorables hachas de Rivero, Abascal y compañía.

Pero a bien que a falta de esos adornos, allá está el gigantesco hospital, fundado por Carlos III; y el Jardín Botánico, plantado por Carlos III; y el Prado trazado por Carlos III; y el Museo, erigido por Carlos III.

Junto a este establecimiento, verdadera envidia de Europa, que enriquecieron con hazañas de reyes y milagros de bienaventurados los liberales y demócratas Velazquez, Zurbarán, Murillo y otros ciento, alza su gótica crestería San Gerónimo, la iglesia donde se juraban nuestros príncipes, de donde venían a adquirir fuerza nuestros caudillos y nuestros soldados.

Allí torció de rumbo el recién venido soberano, y volvió, sin querer, la espalda a aquel importuno y abandonado monumento, y al mismo tiempo ambientó a sé qué barrancos y terraplenes, que ha dejado en aquel sitio la revolución de Septiembre, y a unos cuantos palos ó estacas clavados de trecho en trecho, con que sin duda prudentemente se había proyectado encubrir la inmundicia de aquellos lugares.

Postes son estos, en verdad, muy parecidos a nuestros prohombres revolucionarios, mal afirmados en tierra, y sin conexión, ni enlace alguno unos con otros.

No faltan gentes en Madrid que recuerden entradas triunfales de Fernando VII. Muchos viven que presenciaron las de Isabel II. Las diferencias políticas, otros podrían notarlas; mas claramente las consignará la historia; pero las materiales y pictóricas, son verdaderamente inmensas.

Era un día desapacible de Octubre de 1834. Fernando VII regresaba de Cádiz. Allí habían naufragado las libertades y las esperanzas de la patria, no tanto a impulso de las legiones de Angulema ó de la bayoneta del príncipe de Carignan, Carlos Alberto, cuanto al peso de los repetidos desastres del partido exaltado.

Fernando, el rey demócrata por excelencia, se presentó por donde hoy Amadeo, vestido con modesto frac sin insignia alguna, cubierto de un sombrero redondo mas bien raído que elegante... que no parece sino que el Sr. Ruiz Zorrilla había dirigido el traje de camino del rey absoluto. Y en la puerta de Atocha, la oleada popular de manolos, de chisperos, de masas, como ahora se dice, se desbordó desde las alturas de Anton Martin, como torrente, sin que fueran bastante a contenerla ni las filas de granaderos franceses que formaban la carrera, ni los guardias de corps que custodiaban al real viajero. Apoderáronse de su carruaje, colocaron su augusta persona sobre un carro triunfal, del que tiraban ellos mismos, y allí, apoyado en una estatua, que no recordamos si era la lealtad ó cosa semejante, y guarecido de la lluvia que caía, por un hombre de menos que decente catadura, que se encaramó en la testera de del carro, armado de un disforme paraguas encarnado a través las calles de Madrid, menos como rey que como idolo. Cada callejón era un río de gente, cada boca calló inútilmente repesada por los piquetes, descargaba torrentes de masas populares, que gritaban desaforados vivas, y que, no articulaban, sino rugían aclamaciones. Era, pues, no lo dudemos, aquel monarca verdaderamente popular mas verdaderamente aun democrático. El

en la costa de Coromandel; y que la Inglaterra, estrechada por todas partes de fuertes enemigos, no se hallaba en estado de proteger sus colonias, y se tendió una idea de la situación que rodeaba a Warren Hastings.

Entonces fué cuando el fecundo génio y el valor indomable y sereno del gobernador general aparecieron en toda su grandeza y alcanzaron su victoria mas decisiva. Un buque ligero, llevado en alas de la monsoon del Sud-Oeste fué portador de aquellas malas nuevas a Calcuta. A las veinte y cuatro horas, el gobernador general había preparado el plan político-militar conveniente a la nueva faz de los negocios.

La lucha con Hider-Ali era negocio de vida ó muerte, y por lo tanto necesario sacrificar a la conservación de Calcuta todos los asuntos secundarios. Madrás necesitaba refuerzos considerables y recursos pecuniarios: Hastings los disponía; pero, hubieran sido inútiles y perdidos de contionar la conducta de la guerra, en las inhóspitas montañas en que se hallaba. Y como no había tiempo que perder, Hastings determinó de hacer uso de sus facultades hasta los últimos límites, suspendiendo al gobernador de San Jorge, que tan repetidas muestras tenía dadas de incapacidad, y nombrando en lugar suyo a un general distinguido, de carácter enérgico, y bizarro que hiciera frente a Hyder-Ali. Su elección recayó en sir Byrr-Cootte.

A pesar de la oposición de Francis, que restablecido de su herida, tomaba de nuevo parte en el consejo, aprobó la mayoría la política firme y acertada del gobernador general. Desapacháronse los refuerzos con gran prontitud y llegaron a Madrás antes de que la escuadra francesa pareciera en los mares de la India. Cootte, agobiado por la edad y las enfermedades, no era ya lo que otro tiempo había sido en Wandewash; pero aun era un general hábil y resuelto, y supo de-

fué quien comparando entonces los voluntarios realistas, que veía por primera vez organizados, con otros cueros que antes le habían saludado muy de distinta manera, dijo aquellas notables palabras: «estos son los mismos perros con diferentes collares.» Si a Amadeo le gusta esta definición, no han de faltarle en su egregia comitiva personas a quienes aplicársela.

Por nuestra parte, continuamos nuestros recuerdos consignando que ni de aquella variación de collares ni de esotro feroz entusiasmo participaban las clases acomodadas. Algunas pruebas se nos vienen a la memoria. El marqués de Santa Cruz espía en una cárcel pública el horrendo delito de haber sido alcalde constitucional; y como él, los grandes de España Anglona, Frias, San Lorenzo, Veragua, Alcañices, Pinohermoso, Miraflores, Oñate, y otros ciento tenían que abandonar su domicilio para huir las persecuciones de la reacción monárquico-democrática; y mas de uno sufría insultos y atropellos en Andalucía por parte de ilustres gentes que habían organizado ya entonces partidas de la porra, ó que ponían en práctica su acatamiento monárquico por el mismo método que ahora sus derechos individuales.

Volvamos al triunfo de rey en Madrid: de entre el sinnúmero de obeliscos, arcos y monumentos que en calles y plazas se erigían en honor suyo, estas dos inscripciones recordamos. Decía una en el Prado:

Cuál volaron las hojas de este Prado,
Del cielo al soplo ajado sus verdoros,
Tal huyan de nosotros los rencores
Al dulce aspecto del monarca amado.

Otra inscripción en un arco en lo mas alto de la calle de Alcalá decía:

Ya viene el que de reyes descendiendo
De rodilla en rodilla
Vino a ser soberano de Castilla.
Venid ingratos, rodead su trono,
Que es muy dulce en su labio un «yo os perdono.»

Como no es nuestro ánimo, ni cumple a nuestro propósito reproducir un capítulo harto sabido de nuestra historia, no hay para qué nos estendamos a demostrar, que ni aquella conciliación de los ánimos ni este soberano perdón se cumplieron.

Si tales hechos y tales dichos se nos han venido a la memoria, es porque entrañan en s grande enseñanza. Entonces ni las filas de tropas extranjeras eran bastantes a contener el entusiasmo demagógico y verdaderamente popular: ayer se dió por consigna, según tenemos entendido, que se estrecharan las filas en las inmediaciones de las bocacalles, y que en estas las mitades de compañía cerraran el paso. Inútil precaución; el entusiasmo, ni siquiera la curiosidad hizo ayer lo que hacía antaño, y la razón es muy sencilla: Fernando VII, bueno ó malo, era español, recuerdo vivo de la guerra del año viii; símbolo de la independencia y de la religión de los españoles. Amadeo I ó nada representa ni recuerda, ó representa la codicia interesable de ciento noventa y un, la mayor parte empleados, y recuerda la humillación del Trocadero procurada por su abuelo, el sacrilegio del Quirinal recién cometido por su padre.

Antaño, aun las mismas clases acomodadas é instruidas (que son las mas leales guardadoras de las libertades públicas), aun esas mismas clases que desaprobaban el desenfreno demagógico y deseaban el término de los rencores y el pardon de las faltas, aguardaban uno y otro de aquel poder fuertísimo y verdaderamente nacional, que por no deber a partido alguno su encumbramiento, podía alcanzarlos a todos; por eso hablaban de la legitimidad y de la nacionalidad.

Del monarca amado...
de reyes descendiendo
de rodilla en rodilla,
vino a ser soberano de Castilla, etc.

Hoy Amadeo no puede sobreponerse a todos los partidos, porque es ahijado de uno solo; no puede llamarse monarca amado, porque viene siendo desconocido, ni le ha sido transmitido el trono

tener los progresos de Hyder Ali, elevando, algunos meses después, a grande altura el honor de las armas inglesas con la victoria de Porto- Novo.

Francis había vuelto por entonces a Inglaterra, y Warren Hastings quedó con esto mas libre y desembarazado. Por su parte, Wheder, después de haber cedido mucho de su oposición, luego que partió su violento é implacable colega, marchó siempre de acuerdo con el gobernador, cuya influencia, siempre grande sobre los ingleses, aumentó considerablemente los últimos tiempos, merced al vigor y al éxito de sus resoluciones.

Pero una vez terminadas y resueltas de la manera que dejamos referida las dificultades y embarazos que producía la división del Consejo, surgieron otras de muy grave, difícil y apremiante solución, que tenían por causa el estado lamentable de la Hacienda. Necesitaba Hastings hallar los medios de ocurrir, no solo a los gastos ordinarios del gobierno en Bengala, sino también a los que traía consigo el sostenimiento de una guerra por extremo dispendiosa contra los enemigos indios y europeos del Carnate, y a la remisión de fondos a Inglaterra. Pocos años antes se había procurado recursos saqueando al Gran Mogol y reduciendo los ro- hillas a esclavitud, y aun cuando parecía que todos sus recursos estaban agotados, su génio fecundo descubrió un río ventero con el cual alimentar la necesidad. Al efecto ideó un plan contra Benares, población asiática de primer orden por el número de sus habitantes, su riqueza, su importancia y su santidad. Decíase que quinientos mil seres humanos se agrupaban en aquel laberinto de largas calles, adornadas de templos, minaretes, balcones y ventanas esculpidas en las que se veía jugar centenares de monos.

Al decir de los viajeros, era difícil abrirse paso al través de la multitud de santos, de mendigos y de to-

19 FOLLETTIN.

WARREN HASTINGS,

1732 a 1818

POR LORD MACAULAY.

(Continuación.)

Poco tardó en percibirse claramente la magnitud del peligro a que había espuesto a la colonia el gobernador en esta circunstancia; que en la crisis que sobrevino solo él era capaz de regirla y conservarla a la Inglaterra, no siendo aventurado decir que si no hubiera estado Hastings al frente de los negocios, los años de 1789 y 81 habrían sido tan funestos a nuestro poder en Asia como lo fueron en América.

Los maharatas habían sido largo tiempo causa de las mayores inquietudes de Hastings; las medidas que hubo de adoptar, con el fin de reducirlos a la impotencia, fueron siempre ineficaces por los errores que cometieron las personas encargadas de poner en ejecución su pensamiento; y cuando a fuerza de perseverancia y de habilidad parecía estar mas próximo a ver consumada su obra, surgió un peligro mas formidable y temeroso en el horizonte.

Hacia treinta años que un soldado mahometano había empezado a distinguirse en las guerras del Mediodía de la India. Su educación era escasa, y su origen humilde, como que su padre desempeñó un empleo insignificante en el ramo de Hacienda, y su auelo fué devorche errante; mas, en cambio, y aun cuando ignoraba el valor de las letras del alfabeto, no bien se halló a la cabeza de un cuerpo de tropas, demostró que había nacido para mandar y vencer. Entre

por herencia que Dios dispone, sino por amaño fraguado por los hombres.

Y si hay quien se ofenda de que recordemos en el día del monarca liberal los triunfos del absolutismo, libre le dejamos de que elija, entre las muchas entradas de reyes ó personajes que se han solemnizado en Madrid, una sola que no sea contraste de lo que ayer ha presenciado el pueblo del 2 de Mayo, cubierto de nieve en sus calles como en sus corazones.

Si nuestro lector ama los triunfos monárquicos, traiga á la memoria aquel fausto día en que Isabel de Borbon, llevando en sus brazos el fruto de sus entrañas, iba á ese mismo templo de Atocha á dar gracias á la Virgen Madre por haber evitado milagrosamente un regicidio; recuerde aquella alegría, aquellas aclamaciones, aquel concurso, aquel desahogo de las clases contribuyentes que pagaban menos, ó perceptores que estaban al corriente ó indigentes que se hallaban socorridos; que ponga en cotejo los vitoriosos de entusiasmo y las lágrimas de ternura con este sepulcral silencio y este azorado mirar de los que han presenciado la entrada del 2 de Enero. Si en vez de esto, hay algún lector mas aficionado á las demostraciones de héroes populares tambien, que recuerde la entrada de Espotero en 1854, y aun la de Prim mismo hace dos años, y diga si no pueden prestar popularidad y alborozo á esa triste procesion de D. Amadeo, que no parece sino el retorno del cortejo fúnebre del marqués de los Castillejos, ó como si digáramos *torna-entierro* del desventurado Prim.

Concluamos. Llegó D. Amadeo al salón de Cortes; subió á aque trono en que tantas veces habia sido aclamada la reina legítima, y vió delante de sí sentada impasible la vulgar figura del Sr. Ruiz Zorrilla. Leyó el Sr. Llano y Peral una Constitución con mas artículos infringidos que guardados, á bien que probablemente D. Amadeo no la entendiera porque no está escrita en el idioma que le enseñaron sus padres y con que él acaricia á sus hijos.

En tanto su vista recorría aquellos escudos de nuestras provincias, aquellos retratos de nuestros grandes hombres sin distinguir ninguna, porque es extranjero, sin conocer una sola fisonomía, porque allí no están retratados Maquiavelo ni Garibaldi. Quizá preguntará por nuestros grandes nombres históricos, por los Medinaceli, Altamira, Sesma... allí no estaban mas que Coronel y Ortiz, Becerra, Martos etc. Quizá buscaba los uniformes de los grandes campeones de nuestra moderna libertad, de los adalides de la libertad castellana; no pudieron darle á conocer al vencedor de Luchana; pero allí estaba, en cambio, á su lado Serrano, el que derrocó á Cristina el año 40; á Espotero el 43, á Isabel el 68; sino estaba el Cincinato de Logroño, cerca andaba el señor feudal de Arjonilla. Brillaba por su ausencia el leal y bizarro Cheste, el honrado Pavia el que selló con su sangre en Alcolea su lealtad; pero allí estaba Concha, el último defensor de la última reina.

Quizá preguntó tambien por las ilustraciones de nuestra tribuna actual, y no pudo percibirlos, sin duda, eclipsados por los Rojo Arias, Robledos y Moncasis. ¿Qué mas? ni hubiera sentido mal si quiera por el pintoresco del cuadro, alguno de esos insignes prelados á quien Víctor Manuel cierra las puertas del Concilio, tales como los diputados constituyentes cardenal de Santiago y obispo de Jaen; pero desgraciadamente, ni aquellos prelados asisten á los escaños legislativos ni tal cual clérigo que en ellos se sienta tiene la antipática de gastar hopalandas. Otra novedad notaron los concurrentes, que sin dudo no pudo conocer el recién venido: los constituyentes inauguraron una inscripción al mismo tiempo que un reinado; pero ¡oh lamentable casualidad! Un solo golpe, como quien dice, escribió en el trono de San Fernando el nombre de un duque, y borró de las lapidas del Congreso el nombre de otro duque: en el sólo aparece el duque de Aosta, en la inscripción se borra el duque de Zaragoza. Verdad es que este título ha sido sustituido con el de Prim. Europa sabrá si hemos ganado ó perdido en el cambio. Verdad es tambien que queda escrito en aquella lápida el apellido de Palafox... Averigüen los eruditos si es este ó no el Palafox ministro que trajo á España la dinastía de los Borbones. En todo caso, el recuerdo de la invicta ciudad del Ebro ha desaparecido el día en que se ha sentado en el trono un príncipe extranjero.

Juró D. Amadeo, gritaron algunos amigos, á través del silencio las calles de Madrid, se alojó en el palacio de los Borbones y allí le dejaremos deseando que de día estudie nuestra lengua y que de noche no turben su sueño ni la memoria de reyes que allí vivieron ni las noticias biográficas de los ministros que le han traído.

ros, no menos santos que discurrían en todas direcciones de la ciudad.

Por la hermosa y ancha escalera que descendía de aquellas gradas hasta donde se bañaba el pueblo, bajaba diariamente una multitud innumerable de adoradores. Las escuelas y templos atraían infinidad de piadosos indios de todas las provincias en que se profesaba la religion de Brahma, y los devotos llegaban por centen res para morir en ella persuadidos de que los difuntos que de la ciudad santa iban al río sagrado gozaban en la otra vida de una felicidad especial. Mas no era la superstición el único fin que se proponían los extranjeros al acudir á la gran metrópoli, que tantos peregrinos se llevaba el comercio como la idea religiosa. Así se veían las orillas del río santo cubiertas de flotillas cargadas de ricas mercancías, y los talleres de la ciudad ocupados de tejer las magníficas sedas que luego habían de adornar los salones de Saint James ó del Petit Trianon, y los bazares atestados de muselinas de Bengala, de armas de Uda, de perlas y joyas de Gooconda y de chales de cachemira.

Aquella rica y populosa capital y el país circunvecino habia sido gobernado largos años por un príncipe indostánico tributario de los emperadores mogoles. Durante la época de anarquía en que vivió la India tanto tiempo, los señores de Benares se hicieron independientes de la corte de Delhi; pero se vieron luego forzados á someterse á la autoridad del Nabad de Uda. Oprimidos de tan temible poder, invocaron la protección de los Ingleses, los cuales se la otorgaron, concluyendo el Nabad-Visir por ceder todos sus derechos sobre Benares á la compañía de un tratado solemne, desde cuya fecha el rajah era vasallo del gobierno de Bengala, reconociendo su supremacía y obligándose á pagar un tributo anual al Fort William.

CONSECUENCIAS.

Adversarios acérrimos del general Prim y entusiastas campeones de una noble causa, hemos combatido al último jefe del partido progresista sin tregua ni descanso, con la energía y decision del que pelea en nombre de la lealtad y de la justicia; pero siempre lo hemos hecho con la franqueza é hidalguía de los hombres de honor. Ni el placer de la venganza, ni los repetidos ejemplos que nos han dado sus amigos, han conseguido que nuestros labios se manchen nunca con la torpe calumnia, ni nunca nuestros esfuerzos han tenido otro objeto que el de llevar al ánimo del marqués de los Castillejos la fuerza y la bondad de nuestros raciocinios.

La fría losa de un sepulcro ha cerrado el insondable abismo que, ensanchado por la revolucion de Setiembre y los actos posteriores del general Prim, separaba á este hombre público del partido moderado, y nosotros que le creemos ya fuera del alcance de nuestra razon, solo volveremos á acordarnos de él para rogar á Dios por el eterno descanso de su alma.

El triste suceso de estos dias nos hace pensar en las causas que mas eficazmente lo han preparado, y nos sugiere ideas desconsoladoras respecto al porvenir que espera á nuestra sociedad si tenemos la desgracia de seguir algun tiempo bajo el actual régimen.

Los tribunales de justicia se ocupan activamente en buscar el brazo que tan alevosamente ha asesinado al conde de Rus; pero los hombres de todas las naciones civilizadas que conozcan lo que pasa en esta desventurada España desde hace veintisiete meses, no han de hacer tantas pesquisas para encontrar á los responsables de este atentado ó indicarlo á la historia filosófica é imparcial. Los que fomentaron y despues premiaron los bárbaros asesinatos del cuartel de San Gil, manchando por primera vez el limpio uniforme de la artillería española; los que haciendo traicion á sus juramentos abusaron de su posicion y mando para empujar las armas contra quien con mando y posicion les habia honrado; los que arrastraron por el lodazal de la mas infundada insurreccion la noble y altiva enseña de Lepanto y Trafalgar; los que en tan repetidas como injustificadas ocasiones han insultado á ilustres damas proscripias; los que han hecho de Madrid, de España toda, una tribu de salvajes, los que á veces no han tenido una palabra de censura para el robo, el atropello y hasta el asesinato; los que imprudentemente han predicado á las masas el ateísmo, embutiendo en bastantes el sentimiento religioso, único que suaviza las pasiones, liga con el afecto á los hombres y endulza esta vida con la esperanza de otra mejor y no perdurable; los que han abusado de la credulidad del pueblo, y para grangearse su inconsciente apoyo le han prometido un paraíso, borrando despues con sangre sus falaces promesas, y lanzándole en la revuelta corriente de una no mansa sino espantosa anarquía: esos son moralmente los responsables del crimen que nos ocupa, uno de tantos como se han cometido desde la gloriosa.

Los hombres que hoy mandan en España, han atacado á la religion, han cegado á la justicia, han destruido la Hacienda y la administracion, y por una serie de actos que sería prolijo enumerar, han socavado los cimientos todos de nuestra sociedad. El edificio se ha conmovido varias veces dando señales de ruina; pero los encargados de vigilar por su conservacion solo han notado los efectos de su indiferencia, cuando uno de ellos ha sido arrastrado al sepulcro por un nuevo desmoronamiento. Ahora es cuando precipitadamente quieren apuntalarlo; pero aun llegando á tiempo de evitar una mayor desgracia, ¿son ellos capaces de reconstruir tanta ruina?

Si estuviesen purgando su delito los que rewlver en mano golpearon á escritores indefensos; los que por tres dias hicieron alarde de su impudencia convirtiendo esta villa en teatro de sus barbaries y corriendo por sus calles tras dos inocentes, de los cuales uno fué vilmente asesinado, tan vil y cobardemente, ni mas ni menos como el general Prim, pero cometiendo el crimen con mucha mas publicidad; si hubieran perseguido á los porristas en vez de negar su existencia; si el actual cuerpo de orden público se hubiera creado para velar por la seguridad del vecindario, y no para disponer de mas destinos con que atender á recomendaciones y premiar á los de San Gil, quizás no tuviéramos que lamentar el último crimen, ó por lo menos, sus factores estarían ya bajo el dominio de la justicia.

Treinta son ya, segun dicen, los detenidos á consecuencia del suceso de la calle del Turco, y por no tener conocimiento de él á las dos horas

de sucedido, está tambien en la cárcel el inspector del Congreso: ¿Cuántos y quiénes están presos de los que apalearon á los relucientes de El Siglo? ¿Cuántos y quiénes de los que atropellaron otras redacciones? ¿Cuántos y quiénes de los que cometieron el inefable atentado del teatro de Calderon? ¿Cuántos y quiénes de los que asesinaron al Sr. Azárraga, cuya vida era tan digna de respeto y proteccion como la del mismo señor marqués de los Castillejos? ¿Cuántos y quiénes han sido detenidos por tantos atropellos como se han verificado en los veintisiete meses que lleva de imperio la desmoralizacion...? Ya lo hemos dicho y lo repetiremos cien veces: si en cada uno de esos casos hubiesen obrado con energía los que tenían la obligacion de hacerlo, ¿acaso hoy no estarían tan cabizbajos y compungidos.

No en vano se pone ó se tolera el puñal y la tea en manos de la muchedumbre, no en vano se rebaja la disciplina del ejército, ni se desenfrenan las pasiones del pueblo, ni se desprecian los eternos principios de la moral y de la justicia, sin que la sociedad entera sufra sus espantosas consecuencias.

La impunidad forma y alienta á los criminales, y los actos de estos, si no se persiguen y castigan, son otras tantas cicatrices siempre abiertas en las arterias de la sociedad.

Así, pues, el gérmen del as sinato del general Prim, ha empezado á desarrollarse á la sombra de las Cortes, de los ministerios, de los que percibieron los puntos negros, y ha ido despues á tomar forma en las tinieblas que tanto han fomentado los amigos políticos de la victima. Comprendamos, sin esfuerzo, el dolor que á estos han de producirles los remordimientos de su perturbada conciencia.

LA ENTRADA DE D. AMADEO.

La atmósfera está cubierta de nubes que á intervalos dejan caer sobre la tierra abundantes copos de nieve, los cuales envuelven á Madrid en un inmenso sudario.

Sobre ese sudario caminaba tristemente el féretro que conducía anteayer á la Basílica de Atocha los restos del difunto general Prim, y ese mismo camino hizo andar ayer á su caballo D. Amadeo de Saboya, que venia á poner la planta en la corte de los Borbones, á título de monarca, elegido por una mayoría de 191 diputados pertenecientes á la Cámara que exhaló ya el último suspiro de su soberanía revolucionaria.

Dos cavalleros le han encontrado á su paso el duque de Aosta desde que llegara á Madrid. El cadáver de su protector, del que inició y mantuvo una candidatura que le ha valido tal vez ser asesinado por los fanáticos criminales que rompieron á balazos el pecho del conde de Rus, y el cadáver de la Asamblea constituyente que muere abdicando su soberanía en el hijo de Víctor Manuel.

Detrás se dejaba el cadáver del Sr. Madoz. La familia de Saboya vuela en alas de la fortuna. El antiguo rey del Piemonte se sienta ya bajo las sagradas bóvedas del Quirinal, y los hilos telegráficos cruzan esta dichosa nueva con la del advenimiento á España del duque de Aosta.

¡Felices soberanos, ya que no podemos decir felices pueblos!

El entusiasmo que debiera albergar el corazón de los españoles es mas frío que la nieve que cubre las calles y los campos; y el mundo católico se estremece de horror ante la profana usurpacion de que acaba de ser víctima el Padre común de los fieles.

La obra revolucionaria sigue su curso y aumenta y se robustece y hasta pone la cúpula al edificio que orgullosamente levantaba; pero ¡ay de los edificios basados sobre arena movediza! El primer soplo del vendabal lo hace venir al suelo envolviéndolo entre sus ruinas á todos los que amontonaron piedras para construirle.

Mas observamos que el fúnebre aspecto que hace dos dias se nota en todas partes, nos habia hecho entrar insensiblemente en cierto orden de consideraciones, cuando lo que nos proponíamos era contar á nuestros lectores la llegada de D. Amadeo.

Vino este en efecto, y á las dos de la tarde poco mas ó menos desembarcó en la estación de Atocha, y los mismos cañones que anunciaban con su estampido la muerte del marqués de los Castillejos, se dejaron sentir para avisar á España que la revolucion de la honra gritaba que ya habia coronado su obra trayendo al trono de San Fernando un príncipe italiano.

A caballo, en brioso alazán inglés, con uniforme de capitán general español, el toison de oro al cuello y ciñendo su pecho la banda de la gran cruz de Carlos III, D. Amadeo, seguido del regente, de Topete y otros cuantos generales que precedían á una respetable escolta de caballería, salvó el espacio que, ocupado por fuerzas del ejército y de los voluntarios de la libertad, que á ello no se han negado, cubría (como toda la carrera que D. Amadeo habia de seguir) la estación y la distancia que hay desde esta á la Iglesia donde los reyes españoles han acostumbrado á ir á postarse de hinojos ante la reina de los Angeles.

En la puerta de ese templo preñado de gloriosos recuerdos, y donde hay tambien banderas conquistadas en Italia por los tercios castellanos, se apeó don

mandia.

Las palabras *derecho constitucional* carecen de sentido legal en aquel estado de la sociedad; y si Hugo Capeto habia confiscado las posesiones del duque de Normandía, habia esto podido ser injusto é inhumano; pero no ilegal en el mismo sentido que lo fueron las ordenanzas de Carlos X: del propio modo, si el duque de Normandía hubiera hecho la guerra á Hugo Capeto, por injusto é inhumano que fuera su proceder no habria sido ilegal en el mismo sentido que lo fué la expedición del príncipe Luis Napoleón.

El estado de la India en la época que nos ocupamos, tenia mucha semejanza con el de la Francia de Hugo Capeto. De todos los gobiernos existentes no habia uno solo que pudiera invocar la legitimidad, ni aducir otros títulos sino los de último ocupante, ni casi una provincia en la cual no se hallaran divididas la soberanía verdadera y la nominal: es cierto que subsistían aun ciertos títulos y formas que implicaban la autoridad suprema del heredero de Tamerlán, cuyos lugartenientes eran los nababs; pero no es menos que, en realidad, era su prisionero, y que los nababs eran independientes en ciertas provincias, y en otras, como en Bengala y Carnate solo eran sombras de poder, asumiendo todo la compañía.

Entre los maharatas, el heredero de Sevajee conservaba todavía el título de Rajah; pero estaba onativo, y su primer ministro el peshwa, era el jefe hereditario del Estado, bien que luego cayó á su vez en la situación humillante á que habia reducido al soberano. En una palabra, no existía desde el Himalaya al Mysore, un solo gobierno que fuese á la vez *de facto* y *de jure*, que se hallara en posesion de los medios materiales necesarios para ser respetado de propios y extraños, y que tuviese la autoridad que da la ley á

Amadeo para ir en compañía de Serrano y Topete á aprender, contemplando el cadáver del infortunado conde de Rus, la triste historia de las revoluciones.

Creemos que el duque de Aosta hizo bien en llenar ante todo este poseso deber, y ¡ojalá! sea provechosa la enseñanza muda que le transmitirá la corriente fósfrica de aquellos huesos aun no acabados de enterrarse!

De la Basílica de Atocha, D. Amadeo se trasladó al palacio del Congreso donde juró guardar la Constitución y las leyes hechas por los constituyentes.

En la crónica parlamentaria encontraran nuestros lectores los pormenores de esta ceremonia, de como todas las del día llevaba el sello de una fúnebre festividad. Desde el palacio de las Cortes, D. Amadeo marchó al palacio de Buenavista á enjugarse las lágrimas de la infortunada condesa de Rus, cuyo corazón de esposa sentía la mezcla de encontrados sentimientos y aun de amargos reproches al verse visitada por D. Amadeo, que al emprender su carrera la va regada de lágrimas, sangre y miseria.

Por último, cansado como debia estar de tantas penosas impresiones, el duque de Aosta marchó desde la regencia al palacio que para sus sucesores mandara construir el primer rey de la casa de Borbon.

Allí en el salón del trono y sin abrir sus gradas, D. Amadeo oyó con cansancio mal simulado los discursos que le dirigieron los presidentes de todas las corporaciones oficiales mas ó menos importantes que hay en Madrid, y á las cuales se habia dado la orden de presentarse en palacio.

Aquello no fué ni un besamanos porque D. Amadeo no estaba en el trono, ni una recepcion, porque nuestros reyes han acostumbrado siempre á tener estas en su cámara y no en el salón del trono.

El duque de Aosta salió al balcón encontrando en el patio de la Armería la tropa que la guarnecía, y como unas quinientas personas, desde no habria indudablemente seis sombreros de copa.

Unos ochenta ó cien chicos de corta edad de las infimias clases sociales y de aspecto nada agradable, lanzaban de cuando en cuando un viva! que se confundía con algun silbido.

Salio por fin D. Amadeo al balcón: el general Serrano dió un viva! al rey constitucional que fué contestado por los chicos con acento chillón.

Despues D. Amadeo gritó condeito poco enérgico y marcadamente italiano ¡viva España! y allí se concluyó la funcion, retirándose todos del balcón sin que hubiera el acostumbrado desfile de tropas por delante de Palacio.

En la carrera que recorrió la comitiva se observaba una ausencia casi completa de gente, y la poca que transitaba detras de las espesas filas de tropa y voluntarios, era de las clases mas bajas de la sociedad.

En los balcones, la mayor parte de ellos sin colgaduras, se notaba tambien la falta de espectadores. Las tiendas estaban casi todas cerradas y solo alguna de ellas se encontraba entreabierta, como en los dias de grandes tempestades.

Madrid tenia el aspecto de un Viernes santo.

Observamos que el coche de respeto que con destino á D. Amadeo iba detras del cortejo, llevaba el mismo tiro de caballos negros que condujo el cadáver del general Prim.

D. Amadeo saludaba constantemente con cierta afectacion, á pesar de la carencia de gente y de la completa indiferencia con que todos le veian pasar, pues nadie se descubria.

En el primer tramo de la escalera de palacio habia reunidos como unos 30 oficiales generales, á quienes se habia dado la orden de asistir á aquel punto.

En los momentos de llegar D. Amadeo, uno de los generales que venia con él dio un viva al rey que fué contestado á media voz por cuatro de los asistentes.

En uno de los balcones á las camaristas de palacio, vimos un grupo de cinco ó seis mujeres de aspecto nada aristocrático, que en pañuelos blancos de dudosa limpieza saludaban á D. Amadeo.

Todos los generales que le acompañaban, y que no eran muchos, nos parecieron dignos; pero ninguno tanto como el capitán general D. Manuel de la Concha.

Indudablemente el marqués del Duero era la figura que mas llamaba la atencion.

Por la noche se iluminaron los edificios públicos y las casas de los ministros.

El resto de la poblacion no dió luz.

Indudablemente Madrid entero ha tomado al pie de la letra la orden de que no se den señales de regocijo. La capital de la monarquía está de luto.

TRES MESES.

4 de Diciembre de 1870.

(Continuación).

III.

la paz.

Tenemos la guerra: ¿queremos la paz? Hoy ó mas tarde, mañana ó tras años de lucha preciso será llegar á ella. La guerra es el estado violento de las sociedades. Demasiado larga siempre, está condenada á debilitarse por su misma violencia, algun dia es indispensable volver á la paz, que es el estado normal de las naciones.

La paz era mas fácil el 4 de Setiembre, y hubiera sido menos onerosa que lo sería en el día. En aquella fecha los prusianos habian obtenido dos grandes victorias; pero no habian conquistado en una larga posesion.

Reconoció Hastings entonces claramente lo que la mayor parte de sus contemporáneos no supo siquiera discernir: esto es, las inmensas ventajas que podia sacar de tal estado de cosas, un gobernante revestido de grandes facultades y limitado por muy pocos escrúpulos. Y como en todas las cuestiones internacionales que pudieran surgir, tenia libre la eleccion entre el hecho y el derecho, era probable que no le faltaran nunca razones para sostener el pró y la contra de aquello que mas le conviniera poner en ejecucion, como así lo hacia, en efecto, sin preocuparse de la consecuencia ni de la justicia, teniendo siempre algun espediente que, á los ojos del vulgo, lo justificase. De este modo, así convertía en monarca revestido de grande autoridad al nabab de Bengala, como no vela en él sino un soberano ilusorio; así le parecia el visir un mero lugarteniente, como príncipe con todos los atributos de la realeza; así, de convenir á los intereses de la compañía, consideraba documento solemne aquel por el cual el Gran Mogol le concedió las rentas de Bengala, como cuando el monarca exigía la parte que se reservó en la concesion, le contestaba que el dominio de Inglaterra tenia otro fundamento mas sólido y firme que sus convenios, y que podía continuar representando papeles de rey á medida de su deseo; pero que no esperaba tributos de los verdaderos soberanos de la India.

Es cierto que muchos podían, como Hastings, hacer estos equilibrios; pero tambien lo es que, cuando surgen desavenencias entre los gobiernos, de poco sirven los sofismas sino se hallan sostenidos por la fuerza. Hay un principio, susceptible de los mayores abusos, indiscutible en el estado actual de las leyes, que Hastings profesó y sostuvo siempre con la

realidad ningún territorio: no habian entrado en nuestras plazas fuertes; no podian invocar el hecho de la conquista en apoyo de una pretension de cesion de territorio: la paz podia negociarse despues de Sedan como se negoció despues de Sadowa: si en 1866 se detuvieron los prusianos en las cercanías de Viena (por qué no se hubieron detenido en 1870 antes de llegar á París? Es licito preguntarse si sus exigencias despues de Sadowa no hubieran sido mayores en el caso de que el populacho de Viena hubiera impuesto á el Austria un gobierno de la defensa nacional; y dado este caso ¿hubier tenido la intervencion de Francia la misma autoridad que al ejercerse en favor del emperador de Austria? La violencia, la sorpresa, el advenimiento inesperado de los hombres de Setiembre crearon una situacion nueva: hoy la organizacion prusiana se estiende sobre vastas comarcas de nuestro territorio: nuestras fortalezas han sucumbido, París está sitiado: si mañana vencemos quizás pueda libertarse; pero no por eso será menos cierto que el error del 4 de Setiembre trajo la guerra al corazón del país, y la paz será hoy mucho mas difícil y costosa que hace tres meses.

¿Pero, es posible?

Dejemos á un lado las lágrimas y los desmayos de Mr. Jules Favre en Ferrières, así como la sonoridad de sus frases destinadas á ocultar su fracaso diplomático. Esto no es serio, pero lo que sí lo es, es el mal éxito de la mision de M. Thiers. Seis mil leguas recorridas á su edad, de Londres á Viena, de San Petersburgo á Florencia, demuestran cuánto interés tenía en salir airoso de su empeño: su nombre es conocido; su conocimiento de la historia, la flexibilidad de su carácter, el vigor de su inteligencia no son un misterio para nadie. Despues de haber recorrido la Europa, Mr. Thiers vió al rey y al ministro de Prusia. Durante muchos dias intentó en Versalles cuantos esfuerzos pudo sugerirle su habilidad diplomática.

El resultado es conocido.

Mr. Thiers, hablando en nombre de aquellos á quienes el conde de Bismark llama *los hombres de la calle*, no pudo alcanzar nada.

Y es que no basta ser aclamado en las reuniones públicas para ocupar plaza entre los hombres de Estado. Puede considerarse cosa muy bella ser llevado en triunfo por las secciones de Belleville, invadir la representación nacional, violar las leyes del país, y despues sentarse al alrededor de una mesa siete ó ocho, doce ó quince personas, el número no hace al caso, y declararse gobierno de la defensa nacional. Todo esto no es un título que conceda derecho para ser escuchado por los Estados de Europa acostumbrados á respetar las leyes y á mirar como poco dignos de estimacion á los ambiciosos para quienes nada vale el derecho. Cuando Prusia quiera tratar de paz, lo hará con un gobierno regular, y no con Mr. Jules Favre, que en Setiembre último hacia gala en una circular diplomática de no representar á un gobierno regular. Para negociar con Prusia es preciso infundirse la creencia de que el contrato será respetado por Francia, y ¿quién piensa en respetar ni las palabras ni los escritos de esos señores de la defensa nacional?

Y por otra parte, ¿dónde están esos señores? ¿Con quiénes de ellos podría entenderse Prusia? ¿Dónde está ese nuevo gobierno? ¿en París? ¿en Tours? ¿Con M. Laurier que negocia empréstitos que M. Picard no quiere ratificar, ó con M. Trochí que se deja arrestar por M. Florennes? ¿Está en el Hotel de Ville de París ó en el globo de M. Gambetta?

Tales son los obstáculos contra los cuales se ha estrellado M. Thiers con todo su talento. Pero tened cuidado porque estos obstáculos no lo son solo para la paz; se oponen tambien á que Francia tenga en el seno de Europa su posicion que le corresponde, y que tendría á pesar de sus desastres si estuviese representada por un gobierno digno del nombre de tal.

Graves sucesos se preparan: la reciente circular del príncipe Gortschakoff ha removido las cuestiones mas áridas. Rusia descorriendo el velo que hasta el día habia ocultado al mundo los pactos secretos que la unen á Prusia, no encierra ya en el misterio sus aspiraciones de engrandecimiento por la parte de Turquía. Quiere la revision de los tratados de 1866, y para reclamarla se aprovecha de la situacion de Francia.

Concibió M. Thiers la mas leve sospecha respecto de esto en sus recientes viajes á todas las Cortes de Europa? Ciertamente que nadie pensó en hacer al representante oficioso de la defensa nacional las revelaciones que de seguro no se hubieran escaseado al embajador regular de la Francia monárquica.

mayor energía y la mas inquebrantable perseverancia, y es este: Al surgir un asunto dudoso entre dos gobiernos, si no pueden venir á un acuerdo, no queda otro recurso sino es apelar á la fuerza, debiendo prevalecer la opinion del vencedor. Y como quiera que todas las cuestiones eran dudosas en las Indias, y que el gobierno inglés era el mas fuerte, resultó de una manera clara y evidente que el gobierno inglés tenía en su mano hacer aquello que mejor le pareciera.

En aquella ocasion convenia mucho al gobierno inglés sacar dinero á Cheyte Sing; y así, del propio modo que antes se le habia tratado como á príncipe soberano, ahora se le trataba como á súbdito, si un hombre de menos habilidad que Hastings hubiera podido hallar siempre en el caso de leyes y costumbres en que á la sazón se hallaba sumida la India, razones y argumentos para el pró y la contra de cualquiera linea de conducta que le acomodara seguir, ¿cómo dudar de la del gobernador general, y menos cuando estaba exhausto de recursos, y conocia las pingües rentas de Cheyte-Sing, y, además, calculaba grandes riquezas en el tesoro que se le suponía? Por otra parte, no estaba muy en favor el Rajah con el gobierno británico, á causa de las simpatías que hubo de mostrar á Francia, y á Clavering, en ocasion de hallarse Hastings en circunstancias algo embarazosas.

El gobernador, antes por política que por malas pasiones, á nue-tro entender, dejaba rara vez imponer una injuria ó una ofensa, y tambien por esta causa hizo á Cheyte-Sing objeto de su rigor: que así serviría de lección á los príncipes de aquella comarca, como el castigo de Nunoconar lo fué para los moradores de Bengala.

(Se continuará.)

Este aislamiento demuestra bien á que estado hemos llegado.

Inglaterra, Austria, Italia, Turquía se oponen sin duda alguna á las pretensiones moscovitas. ¿Qué hará Francia? ¿Quién pensará en invitar á M. Favre, á M. Flourens ó á M. Rochefort á tomar parte en el Congreso europeo? Guerra general ó Congreso, el debate se verificará sin contar con Francia; se la dejará agitarse, deramar su sangre y arruinarse, sin consultarla, sin oírle, sin que su voz tan poderosa en 1856 pueda reclamar en Europa, en Oriente, en el mundo la parte legítima que le corresponde en el derecho público.

Arrojada del concierto de los soberanos por la pequeñez de los hombres de la defensa nacional, ¿está por ventura condenada Francia á no poder ni proseguir la guerra con éxito, ni tratar de la paz con honra y seguridad?

No lo creemos.

IV.

Las causas de la guerra.

Después de la batalla de Freischweiler tan honrosa como desgraciadamente perdida por el mariscal Mac-Mahon, se ha repetido sin cesar que el emperador había querido esta guerra, que la deseaba hacia mucho tiempo, que se había dedicado á esta empresa con obstinación, y que era á un tiempo mismo autor de la contienda y de los desastres de Francia. Nada más inexacto; pero el dicho de D. Basilio es y será constantemente cierto, como espresión de un conocimiento profundo de la humanidad. Siempre queda algo de la calumnia: los hombres de Belleville lo saben y de ello se han aprovechado.

Hé aquí la primera reflexión que asalta el ánimo al discurrir sobre este asunto.

Nosotros no estábamos preparados y los prusianos lo estaban.

Intil es recordar que en 1854 estábamos preparados para combatir á los rusos y ganar la batalla de Alma, y que en 1859 lo estábamos así mismo para entrar en Italia y libertarla. ¿Por qué pues no lo hubiéramos estado en 1870 si el emperador hubiera querido la guerra con Prusia, como quiso las guerras de Crimea y de Italia?

Por otra parte para que un soberano quiera la guerra, es necesario que algún interés le arrastre á ella. En vano se buscará el interés que pudiera tener Napoleón en llevar á cabo semejante designio. La campaña de Italia le había dado gloria; el plebiscito de 8 de Mayo le había proporcionado con 18 años de intervalo, una nueva y brillante prueba de su poder y de su fuerza. ¿Qué ventajas podía proporcionarle la guerra de Prusia que compensasen la tranquilidad siempre apetecida por el hombre estudioso y de costumbres suaves, y los peligros que se iban á correr? Demasiado lo han probado los sucesos.

En vano se objetará que Napoleón sentía vivamente haber cambiado el poder personal por el poder parlamentario, y que esperaba reconquistar la autoridad absoluta con el apoyo del ejército victorioso. Esta razón no es seria, porque no puede con justicia atribuírsele pesar vivísimo al emperador que se había desprendido del poder personal voluntariamente y por su propia iniciativa; pero aun cuando este pesar hubiera existido, cosa que sería muy difícil probar, no era necesario hacer la guerra y mandar un ejército victorioso, para satisfacer el amor de poder personal. ¿Quién duda de que el 17 de Mayo al recibir en el Louvre el resultado oficial del escrutinio en que Francia le aclamaba de nuevo por 7.500.000 votos, si el emperador hubiera dicho «¡oy el amo, el país hubiera aplaudido unánime! Es pues evidente que este apego al poder personal, este pesar de haberlo perdido no existían, y no existía por tanto motivo legítimo para pensar que el emperador quería la guerra con Prusia.

Por el contrario, vemos á los prusianos preparados con una suma notable de fuerzas y de previsión. Todos los cuerpos de ejército tenían marcadas sus etapas en el territorio francés: los oficiales poseían mapas en que estaban señaladas las aldeas mas pequeñas, los caminos, las casas, las desigualdades del terreno con exactitud maravillosa. Nada de indecisión, nada de andar á tientas en sus marchas ni en sus operaciones. Los prusianos sabían de antemano á donde iban, por donde pasarían, en qué sitios habían de colocar su infantería y su artillería. Los hulanos marchaban tan seguros como en su casa.

Estaban preparados, y nosotros no; ¿quienes eran, pues, los que querían la guerra, ellos ó el emperador?

Los prusianos no habían olvidado nada, ni siquiera las alianzas: conocido es hoy su tratado secreto con Rusia. Ahora bien, ¿dónde están las negociaciones secretas ó públicas que indiquen en el emperador el deseo de una alianza semejante? Por el contrario, el emperador declaraba en 1864 que á sus ojos «una guerra entre Alemania y Francia, sería la mas arriesgada y calamitosa que el imperio pudiera emprender».

El 11 de Junio de 1866 escribía á M. Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros: «Si la conferencia llega á verificarse, ya sabeis que nuestro lenguaje debe ser explícito: debeis declarar en mi nombre que rechazo toda idea de engrandecimiento territorial, mientras no se rompa el equilibrio europeo;» y el 16 de Setiembre del mismo año decía en la circular del marqués de Lavalette, poco tiempo después de Sadowa: «que en la nueva distribución de las fuerzas europeas, nada había que pudiera inquietarnos.»

No, el emperador no ha querido la guerra. Y si el emperador no la quería, ¿quienes son los que han traído las cosas ó las han dejado llegar á un extremo en que la guerra era inevitable?

En nuestro juicio dos causas han contribuido á ello: una palpable y fácilmente visible, la debilidad unida á la violencia del ministerio del 2 de Enero: otra mucho mas grave, la mala fé de la oposición. Opulencia esta aparentemente á toda guerra, censuraba los armamentos militares, pedía la disminución del ejército; se oponía por razón de economía á la fabricación de armas, y por liberalismo á la organización de la guardia móvil. De este modo ganaba la confianza del pueblo, pero al mismo tiempo atacando la circular del marqués de Lavalette, en que el ministro esclavizaba responsable ante el emperador, según la Constitución entonces vigente, proclamaba

la por órden del soberano el principio de la paz, criticaba este documento diplomático, lo acusaba de debilidad y echaba en cara al imperio que humillaba á Francia ante la Prusia. Se invocaba sin cesar el recuerdo de Sadowa. Unas veces exaltaba la susceptibilidad nacional, y luego después de haber exagerado la grandeza de Francia, exhalaba gritos de dolor al pintar el cuadro de lo que llamaba su desaparición ante los fuertes.

Este juego revolucionario se ha jugado durante cuatro años por la oposición á cuyo frente figuraban los hombres que componen hoy el gobierno de la defensa nacional. Ya conocemos el resultado. Una corriente mas ó menos profunda de opinión se formó en París y en los grandes centros invocando la guerra: así es que fué grande el estremecimiento de la población cuando de repente, sin forma ni medida, el gabinete del 2 de Enero, esclavo humilde de la popularidad, vino á pronunciar en la tribuna palabras que respiraban guerra: y la guerra, antes de formar parte de los actos del gobierno, era aclamada por la muchedumbre: la oposición había sembrado vientos y cosechaba tempestades.

Las masas al reclamar en las ciudades la guerra, y al gritar «¡Berlín!», obraban sin duda alguna con sinceridad. Venían escitados de mucho tiempo atrás sin apercibirse de ello: cedían á un arranque patriótico, exagerado, pero natural y respetable en su principio. Pero creemos que al mismo tiempo se mezclaba con este entusiasmo un reflejo de las tendencias á la crítica siempre instintiva en Francia, y tan hábilmente desenvueltas por los jefes de la oposición. Se creía ó se creía saber que el emperador no pensaba en la guerra: pedirle, obtenerla de la debilidad del ministerio del 2 de Enero, era para los grupos tumultuosos que se agitan en las ciudades, un triunfo de oposición que no contribuía poco á exaltar los ardorosos y á inflamar los ánimos.

La ambición de Prusia, la debilidad del gabinete del 2 de Enero, la traición de la oposición, tales son en nuestro juicio las causas de la guerra.

Al recibirse la noticia de las primeras batallas perdidas se escaló del seno de la nación este grito: «Han hecho traición al emperador.» ¡Grito verdadero, realmente patriótico! Espresión exacta del sentimiento francés, que confundía en un mismo sentimiento el amor á la patria y el amor al emperador, que tenía la conciencia de la fuerza del soberano y de su propia fuerza, y que solo podía aplicar por la traición las desgracias que herían á un tiempo mismo á la Francia y á su jefe.

El instinto del pueblo nunca se engaña. Tiene el sentimiento de lo verdadero, llevado á un punto que escende á toda previsión. Si, en efecto, se había hecho traición al emperador, pero de la manera con que aun se pretendía hacérselo creer al pueblo fiel y honrado para engañarlo hasta el fin; no le habían hecho traición los generales á quienes la fortuna rehusa la victoria, sino los perdidos amos de los ambiciosos á quienes nada detenía con tal de llevar á cabo su obra revolucionaria.

¿No había sido traidor mucho tiempo antes Mr. Jules Favre, cuyos discursos perdidos servían en Méjico para atacar los fusiles dirigidos contra nuestros soldados?

¿No lo había sido el general Trochu, que, recibiendo del emperador el mando militar de París, se sirvió de él para herir á mansalva á aquel cuya confianza había sorprendido?

¿No lo han sido, por último, todos los hombres que con sus intrigas engañaron al pueblo y le inspiraron el deseo de la guerra, para entre darle á los azares de las batallas en las condiciones de inferioridad que ya conocemos; que se oponían á la organización de la guardia móvil, y hoy decretan el levantamiento en masa?

Esos son los traidores, esos los autores de la guerra. Juzgue Francia.

(Se continuará.)

Ayer se recibieron en Madrid los siguientes telegramas del extranjero del domingo y ayer:

(Embajada de la Alemania del Norte.)

Berlín 31 (12 y 40 tarde).—Oficial.—El coronel de hulanos Pestel ha batido con su columna volante, compuesta de tres compañías y tres escuadrones, cerca de Longpret, á tres batallones de guardias móviles, cogiéndole tres banderas, 10 oficiales y 230 hombres. Tuvimos seis heridos.

Versalles 30.—En Mont Avron, delante de París, hemos encontrado grandes cantidades de municiones de artillería y dos cañones de 24.

Dos compañías avanzaron hasta la aldea de Rosny. Nuestras pérdidas solo un herido.

(Agencia Fabra.)

Burdeos 31 (9 y 50 noche).—Noticias de París: El ataque de los prusianos contra la meseta de Avron ha sido gloriosamente rechazado.

Los prusianos han tenido de 7 á 8.000 muertos. La misma noche los guardias móviles han dado un concierto á beneficio de los pobres.

Reina grande animación en París. Siguen tuviese la osadía de hablar de capitulación, sería fusilado en el acto.

París puede sostenerse fácilmente hasta fin de Febrero.

El general Faidherbe telegrafía que ha vuelto á empezar las operaciones:

Ha recorrido el país por las inmediaciones de Arras sin encontrar á los prusianos.

Burdeos 31 (11 y 50 noche).—Un telegrama del Mas, fechado el 31, trae noticias de París del 30 por la noche, llegadas por globo.

Anuncian que nuestras tropas han evacuado la meseta de Avron ayer por la mañana después de haber sacado todos los cañones.

El general Trochu ha presidido la operación á pesar del fuego del enemigo.

Las baterías prusianas han continuado ayer cañoneando vigorosamente los fuertes de Noisy, Rosny y Nogent. Hoy, su fuego ha disminuido mucho.

Esperanse tentativas análogas sobre otros puntos, y particularmente hacia el Mont-Vaerlen.

El pueblo de París se muestra afligido por la evacuación de la meseta de Avron; pero no le ha impresionado el bombardeo de los fuertes. Sigue manifestando siempre su enérgica resolución de resistir á todo trance, y de tomar la una vigorosa ofensiva para romper las líneas enemigas.

Continúa el frío muy rigoroso. Esta mañana el termómetro ha bajado á diez grados.

En el espacio de dos dias las baterías prusianas han lanzado unos doce mil proyectiles. Nuestras pérdidas totales han sido unos 15 muertos y 200 heridos.

Hay tranquilidad completa en París.

Burdeos 1.º (7 noche).—Hoy ha habido una gran manifestación de adhesión al gobierno.

Los manifestantes han atravesado procesionalmente la ciudad desde la plaza de Armas hasta las avenidas Tournay.

Han concurrido á la manifestación mas de 39 mil personas, entre las cuales había muchos guardias nacionales sin armas. Ha reinado grande entusiasmo y en todo el tránsito se han dado numerosos vivas á la república, á Gambetta y al gobierno de la defensa nacional.

Al pasar la manifestación delante de la prefectura el Sr. Gambetta ha arengado al pueblo, siendo muy aplaudido su discurso. Ha reinado completo orden y tranquilidad.

Burdeos 1.º (9 noche).—Oficial.—Le Mans 1.º.—El general Chanzy telegrafía que Jouffroy rechazó ayer al enemigo sobre la orilla izquierda del Loira, tomando una excelente posición delante de Vendôme y haciendo 200 prisioneros.

Este reconocimiento ofensivo fué llevado vigorosamente á cabo por el general Jouffroy y realizado de una manera brillante por las tropas de su mando. Londres 31 (3 y 45 tarde). Por el cable. Recibido con retras.—El rumor que ha corrido en la Bolsa de que el general Prim había fallecido y de que había estallado una revolución en España, ha ocasionado un gran pánico á los tenedores de fondos españoles.

Los fonos son los que quedan:
Consolidado inglés, á 92,00.
3 por 100 español 1871, á 28 3/4.
3 por 100 id. 1869, á 28 3/4.
No se ha cotizado la renta francesa.

CASUALIDADES.

Dá la casualidad que el diputado Madoz que se alababa, de haber el primero dado el grito de «¡abajo los Borbones!», ha muerto antes de que saliera de Italia el rey que él mismo fué á buscar. ¡Casualidad!

Dá la casualidad que el general Prim, que dijo que el que no quisiera ver el rey italiano tendría que meterse en su casa, no lo ve entrar, porque el día antes baja á la sepultura, víctima de un horrendo crimen. ¡Casualidad!

Dá la casualidad que este capitán general y primer ministro, parece en un atentado exactísimo igual á aquel de que se salvó el capitán general Narvaez el año 43. La misma arma, igual hora, la misma ralea de asesinos. ¡Casualidad!

Dá la casualidad, que este infortunado general muere el mismo día en que hace cinco años se levantó en Villarejo para derrocar el trono que al cabo no ha podido ver levantado. ¡Casualidad!

Dá la casualidad, en fin, que hasta la nieve y el hielo se empeñan en contribuir á la pompa funeral y al sepulcral silencio con que se inaugura en España la dinastía de Saboya. No recuerdan los nacidos invierno mas crudo, como así la historia trastorno político mas completo. ¡Casualidad!

Ciertos generales españoles parecen comparsas de todas las funciones:

Venceo Espartero, los comparsas á su lado: venceo O'Donell, los comparsas aduladores: venceo Narvaez, los comparsas para aturdirle y ahogarse con sus abrazos: venceo Prim, los comparsas que le persiguieron se ponen á sus plantas: venceo don Amadeo, ya están á su lado haciendo su oficio. ¿Cuanto se quieren VV. apostar á que forman la escolta de D. Alfonso si triunfa?

Son muchos estos hombres de corazón. Ellos no entienden de leyes; pero á letra menuda hay pocos que les ganen.

Señores cimbrios, estais ya con el agua al cuello.

Señor Ruiz Zorrilla, está V. montado por los hombres de corazón; y cuidado que tienen la mano dura y las espuelas afiladas.

Al cabo de los años mil, vuelvan las aguas por do solian ir.

Los hombres civiles, los filósofos, los sabios, siguen odiándose, comiéndose de envidia; y entretanto, una docena de ignorantes que no saben mas que leer y escribir, se están burlando de todos nosotros y de la patria.

Y nosotros erre que erre, con llamarnos héroes, leales, valientes, y hasta oradores eminentes. ¡Vive-viva de España.

¡Si serán negados los sabios de esta tierra!

Bien dicen que no hay noche en que se acueste uno sin saber algo nuevo.

Nosotros hemos aprendido ayer la manera de recibir á un monarca democrático.

Es posible que muchos de nuestros lectores no se hayan tomado el trabajo de ir á ver á D. Amadeo, y por tanto, justo es que hagamos una breve reseña de la ceremonia regia.

Principiemos por soplarnos los dedos, lo cual no debe extrañar á S. M. atendiendo al frío intenso que hace.

Tras esto procedamos con orden para que sepan las generaciones futuras cómo se reciben estos magistrados superiores que es como le llaman los revolucionarios.

1.º El gobernador de Madrid, en uso de su autonomía y temeroso quizá de aplausos exagerados se incauta, por medio de sus delegados, de los cuartos desahuyados que hay en la corte.

¡Admirable!

2.º Se da una peseta de propina á los soldados.

¡Admirable!

3.º Se coloca en las boca-calles que dan á la carrera de la comitiva regia, guardia civil ó mitades de compañía que intercepten el paso.

¡Admirable!

4.º Se ordena á las tropas que den vivas que no se oyen.

¡Admirable!

5.º Apesar del entusiasmo prohibido por el gobierno, el comercio por lo que puede tronar, no abre las tiendas.

¡Admirable!

6.º La aristocracia no solo deja de adornar sus casas con colgaduras, sino que nadie aparece á los balcones que están herméticamente cerrados, cual en día de luto.

¡Admirable!

7.º El pueblo, como es un rey democrático, no se cree en el caso ni aun de quitarse el sombrero cuando pasa S. M.

¡Admirable!

8.º Esto no lo sabemos á la hora de escribir las presentes líneas; pero suponemos que La Iberia y la Gaceta dirán, que el entusiasmo ha sido indes-

criptible, y que se han quedado sin habitantes todos los palomares próximos á Madrid.

¡Admirable! ¡admirable! ¡tres veces admirable!

Los partes que ha publicado la Gaceta sobre la entrada del rey Amadeo en Cartagena nos parecen ridículos y extravagantes, impropios de la formalidad, de la severidad y de la verdad que deben resaltar en documentos de esta índole.

Es licito un poco de licencia poética; pero tanta exajeración y tanta adulación no está bien en nadie que se respete un poco.

Nosotros sabemos perfectamente que esos partes no se han escrito para España, sino para Florencia; porque en España sabemos todos lo que pasa, y se equivocan los que crean dar gato por liebre.

Ha hecho bien el gobierno en suspender en Madrid las fiestas oficiales y las demostraciones de júbilo por la entrada de D. Amadeo, aprovechándose del infame crimen consumado en la persona del conde de Reus: porque en Madrid no se hubieran podido fabricar partes como los de Albacete y Cartagena.

El nuevo rey entra bajo auspicios los mas funestos. Nosotros hemos escrito largamente sobre augurios y analogías, pero francamente, no recordamos en la historia reinado que empiece peor.

Los hombres llamados á gobernarlos siguen ciegos y obcecados; las pasiones exacerbaditas como nunca; la divisiones entre los elementos que han de constituir el gobierno, cada dia mas profundas. Hasta el tiempo se ha conjurado contra la entrada del nuevo rey. Hace mas de veinte años que no se ha conocido un frío tan intenso. Entre nieves fué recibida la comision de las Cortes que marchó á Florencia á ofrecer la corona de España y entre nieves ha sido recibido el príncipe Amadeo. La frialdad de la atmósfera iguala en este caso la frialdad de los corazones.

En punto á inmensos el nuevo rey no ha estado muy espléndido que digamos. Seis y ocho mil reales es todo lo que ha dado en los pueblos para los pobres. La reina doña Isabel en estos viajes solía dar quince ó veinte mil duros en cada capital de provincia.

Los progresistas están que no les llega la camisa al cuerpo; tienen por cosa segura que, aun cuando ahora conserven algunos destitutos, dentro de un mes se hallarán todos iguales, en el pantón de los cesantes.

El mismo D. Salustiano dista mucho de tenerlas todas consigo, y teme quedarse sin una embajada y aun sin el ministerio de Estado, lo cual sería para él una inmensa calamidad. Ahora que se proponía exterminar á los anti-aostistas, podrían ser muy útiles sus servicios, y sin embargo, es mas que probable que no se utilice para nada su entusiasmo estérminador.

Por lo que hace al partido, los lazos de crespon que en el entierro de anteaer llevaban los tertulianos de la calle de Carretas, fueron el símbolo mas gráfico de su triste situación: puede considerarse muerto.

Tenemos el sentimiento de anunciar á nuestros lectores el fallecimiento, ocurrido en Arcena, de nuestro amigo y correligionario el excelentísimo Sr. D. Manuel Calonge y Valladas, comendador de número de la real y distinguida Orden Americana de Isabel I. Calonge, comendador de la real y distinguida de Carlos III, y ex-senador del reino.

Acompañamos á su señora viuda, hijos y demás familia en su justo dolor por la sensible pérdida que han experimentado, y rogamos á Dios se haya servido acoger en su seno el alma del ilustre finado.

Señor Director de El Eco de España.

Muy señor mio y estimado amigo: Quisiera merecer de la atención y bondad de V., se sirviese publicar, en su acreditado periódico, el adjunto comunicado que con esta fecha dirijo al señor director de El Imparcial.

Se ofrece de V. con toda consideracion, suyo af. ctísimo amigo y atento servidor Q. S. M. B.— Federico Fernandez San Roman. Madrid 1.º de Enero de 1871.

Señor director de El Imparcial. Muy señor mio: en el número de hoy de su periódico he leído el siguiente comunicado:

«Entre los militares cuya actitud parecia poco en armonia con el movimiento revolucionario de Setiembre, que se han presentado en el ministerio de la Guerra con motivo del crimen de la calle del Turco, figura el coronel de estado mayor D. Federico San Roman, que ha celebrado ayer una entrevista con el subsecretario de aquel centro, con objeto de ofrecerle sus servicios.»

En su consecuencia, me apresuro á suplicar á V. se sirva insertar en las columnas de su diario la siguiente rectificación:

«Mi actitud como militar no es que parezca poco en armonia con el movimiento revolucionario, es y lo fué desde el primer instante en que tuvo lugar, completa, decidida y enérgicamente contraria á aquel suceso y á la rebelion que la dió vida, por cuya razon fui el primer jefe del ejército español que solicitó su retiro el mismo día 29 de Setiembre de 1868, en el momento en que la junta revolucionaria se apoderó del mando de esta capital.»

No me he presentado en el ministerio de la Guerra al señor subsecretario ni á nadie para ofrecer mis servicios á consecuencia del crimen de la calle del Turco, crimen abominable y que condeno como hombre honrado y de ley, y como condeno todos los de igual índole. Amigo particular y muy consecuente del general Prim, lo mismo en su desgracia que en su prosperidad, fui á dejar una tarjeta el mismo día del horrible atentado, en testimonio de mi cariño y desinterés al efecto, y lo mismo hice al día siguiente de su fallecimiento, dirigiendo este último tributo de consideracion y amistad al finado, y de cortesía y respeto á su desconsolada familia.

Supongo que ninguna intencion puede tener la noticia dada por El Imparcial, tratándose de mi persona é insignificante persona; pero me creo en el deber de hacer esta aclaracion, para evitar malignas interpretaciones en esta época en que tan frecuentes y aplaudidas suelen ser las apostasias y las llamadas evoluciones.

No tengo que ofrecer mis servicios militares, por que estoy retirado, y en cuanto á mi actitud política como ex-diputado, bien definida y clara la he consignado en los documentos públicos que ha dado el partido moderado conservador, al cual me honro pertenecer, reconociendo como único principio de gobierno la legitimidad de D. Alfonso XII.

Ruego á Vd., señor director, se sirva publicar en el número de mañana las precedentes líneas, y se lo agradeceré mucho su atento servidor Q. S. M. B.— Federico Fernandez San Roman. Madrid 1.º de Enero de 1871.

El 31, último día del año, ha habido junta general de socios en el círculo conservador de Cadix.

La junta directiva resignó sus funciones con arreglo al reglamento del círculo, y el secretario leyó una memoria espresiva de las tareas á que la misma junta se ha consagrado, con el mejor éxito, así en la parte política como en la económica, durante el período de su administración.

La junta acordó por unanimidad un voto de gracias en favor de los individuos que han dirigido hasta ahora el círculo; y procediéndose á nombrar por papeleta los que han de reemplazarles, según las prescripciones del reglamento, resultaron elegidos casi por unanimidad los siguientes:

Presidente, Sr. D. José de la Viesca; vocales: Sres. D. Francisco J. Moran, D. Pedro Ramirez, D. José Baltar, D. Antonio Garcia Linao; tesoroero, Sr. D. Francisco de Mier y Teran; secretario, D. Eduardo Vassallo.

Ha llamado la atención la manera de saludar del ex-duque de Aosta. Aquellos movimientos acompasados, automáticos, como no usados en España, chocan y se estrañan.

Bueno será que se vaya acostumbrando á los usos del país, en que va á pasar una temporada.

Entiéndase que al decir que va á pasar una temporada, hablamos figuradamente en el sentido de que la vida no es mas que un corto viaje, una estancia transitoria. Sépalo así el que haga las veces de fiscal de imprenta.

El rey Amadeo montaba ayer un caballo alazan, de raza inglesa.

Los reyes españoles nunca montaron caballo extranjero dentro de Madrid y sitios reales: si los montaban era solo para ir al campo: en un acto oficial habria sido una falta en que se habrían olvidado de no incurrir.

Montar en tales casos un caballo extranjero es un acto de desprecio á la raza caballar española.

La Correspondencia decía anoche que varios ex-constituyentes progresistas habían pedido al Sr. Ruiz Zorrilla que los presentase en palacio para despedirse del rey Amadeo.

Nos parece bien: tarde se verán en otra: han acabado para mucho tiempo.

Parece que Victor Manuel, el padre de don Amadeo, anunció días atrás oficialmente que trataba de ir á visitar á Su Santidad en el Vaticano. En el día y la hora anunciada se encontró el rey de Italia las puertas cerradas.

Victor Manuel estuvo algun tiempo dudando lo que debería hacer, y al fin no se atrevió á cometer violencia alguna por ahora.

Si el hecho no es cierto, lo rectificaremos.

Las Cortes han acabado de la manera mas pobre que se hubiera podido imaginar. Después de tanta fachenda de soberanía nacional, han concluido prestando pleito homenaje, sombrero en mano, á la hechura de sus manos y victoreando al rey de la revolucion.

Los mismos que hace pocos dias se mostraban altivos y arrogantes, se muestran ya sumisos, obsequiosos y suplicantes: hé ahí á lo que han venido á parar tantas arrogancias.

Antes de un mes, tendrán de oír.

Ha llamado la atención, y anoche tenía vivamente preocupados á los progresistas, la circunstancia de que el duque de Aosta no fuese á presentarse á la tertulia de la calle de Carretas y fuese en seguida á visitar al general Serrano.

El caso es grave y para muy pensado: esa emancipacion tan repentina no era de esperar, por mas que andando el tiempo, fuese cosa muy usual: veremos lo que hoy nos dicen sus periódicos acerca del asunto.

Como ayer estaban todos los empleados del ayuntamiento ocupados en formar lo que llamaremos la comision de aplausos y vitores, tuvieron que abandonar la escoba y dejar á Madrid hecho una perdición. Las calles quedaron cubiertas de nieve, las aceras sin barrer, y como todo el día y noche estuvo helando, el vecindario tuvo y tendrá hoy que experimentar las consecuencias, pues calles y aceras están como un plano de cristal.

Bien pudiera el ayuntamiento haber sido menos realista y cuidado un poco mas de la salud y comodidad de sus administrados: por un par de pesetas habria tenido vocadores que hubiesen desempeñado mejor que unos barrenderos el papel de entusiastas por el nuevo rey.

De suponer es que hoy se subsane en lo posible la falta cometida ayer.

Las nobles damas castellanas dieron ayer una muestra de su españolismo y de su mala voluntad hacia la revolucion.

Ellas, que siempre brillan, se puede decir que ayer brillaron mas aun por su ausencia de todos los sitios públicos.

Asegúrase que Don Amadeo tiene intencion de ir á recibir á su esposa á la frontera, si bien esto no podrá verificarse, á lo que dicen, hasta que haya habitado un mes entero en el palacio de la plaza de Oriente.

Parece que dentro de breves dias se verificará una renuncia, á la que deberán asistir todos los diputados que formaban la mayoría de las Cortes y que se hallan en Madrid.

Parece que la duquesa de Aosta se propone venir á España á principios del mes de Febrero próximo.

Segun periódicos de Barcelona, desembarcará en este puerto: pero los de Bilbao dicen que á esta ciudad será á la que arribará al llegar de Italia.

Aun no ha

fluencia en palacio, y eso que no gustaba de ser ministro y si de aconsejar gabinetes que él pudiera manejar.

Es verdad que si D. Manuel gustó de estar siempre detrás de la cortina, en cambio es ahora un modelo de leales. Recomendamos estos apuntes a D. Amadeo.

Durante el período de las Constituyentes han muerto 19 diputados, empezando por D. Celestino Olózaga, cuya muerte ocurrió el 17 de Marzo de 1869, y terminando por D. Juan Prim.

Los fallecidos durante el año 69, han sido: D. Vicente Hernandez, en 19 de Marzo; D. Cristóbal Valera, en 15 de idem; D. Carlos Certera, en 19 de Abril; D. Ildefonso Zorrilla, en 14 de Mayo; D. Enrique O'Donnell, en 1.º de Junio; D. José Miguel de Arrieta, en 15 de Mayo; D. Luis Gonzalez de Teran, en 16 de Julio; D. Joaquín Aguirre, en 19; D. Rafael Guillén, en Octubre; D. Domingo Dulce, en 24 de Noviembre; D. Eusebio Gimeno, en 6 de Octubre; D. José Fernandez del Cueto, en Diciembre; D. Jacinto Ballesteros, en 12 de Enero de 1870; D. José Joaquín Barreiro, en 6 de Junio; D. Francisco de J. Villalobos, en 27 de idem; D. Santiago Franco Alonso, en 1.º de Noviembre; y D. Pascual Madoz, en 11 de Diciembre.

De todos ellos, 11 eran progresistas; 4 unionistas; 3 republicanos, y 1 tradicionalista, y 3 por fin han muerto a mano alzada.

Dícese que en caso de que se creara el ministerio de la casa del rey, el que mas probabilidad tiene para obtener dicho cargo es el señor marqués de Perales.

Dice un colega:

«Varios diputados de los que han sido unionistas y hoy están identificados con la situación, demócratas y progresistas, han acordado hoy designar una comisión que vaya esta noche a ver al Sr. Ruiz Zorrilla y a rogarle que una audiencia al rey para ir a ofrecerle sus respetos y despedirse como diputados constituyentes.»

Han convenido asimismo olvidar denominaciones antiguas y confundirse en un solo partido con la denominación de setembristas.

Se nos figura que los progresistas y los demócratas por mucho que se exhiban se quedan en la calle.

Varios colegas echan a volar las candidaturas que mas abajo insertamos para el nuevo gabinete que debe formarse.

Si como parece el general Serrano se queda de presidente del ministerio con la cartera de la Guerra [compartirán con él las tareas gubernamentales los Sres. Moret, Sagasta, Ulloa y Olózaga (D. Salustiano).]

El Sr. Topete hizo anoche dimisión de su cargo, cargo que apenas si ha ejercido seis u ocho horas, toda vez que el Sr. Sagasta ha sido durante tres días el verdadero presidente interino del Consejo.

Hé aquí lo que sobre formación de nuevos ministerios dicen dos colegas de la tarde:

«Se habla del general Basili para Guerra, si el duque de la Torre no se encarga de esta cartera. Es casi indudable que los Sres. Sagasta y Moret queden en sus puestos; el Sr. Ulloa entre en Estado; en Marina, Malcampo, por gestión de los progresistas; en Fomento un demócrata y en Ultramar un unionista.»

«Se cree y es natural que esta noche se constituya ministerio.»

Un colega se adelanta hasta creerlo ya designado en esta forma:

Presidencia, duque de la Torre.

Estado, D. José Olózaga, sin duda porque su hermano vuelve a París.

Guerra, gen. ral Izquierdo.

Gobernación, Sagasta, actual ministro.

Gracia y Justicia, Montero Ríos, id.

Hacienda, Moret, id.

Marina, Beranger, id.

Fomento, Ulloa.

Ultramar, Ayala, que lo es en la actualidad.

Disuelta la Constituyente, como lo está, mañana podrá la Gaceta darnos los decretos sobre nuevo ministerio, que ya no es necesario leer antes en Cortes.

Los generales que acompañaban a D. Amadeo, eran el duque de la Torre, marqués del Duero, Izquierdo, Córdova, Sanz, Oribe, Gándara, Echagüe, Iriarte, Cotoner, Jovellar, Serrano Bedoya, brigadier López Domínguez, Navazo, Palacios y algunos otros que no recordamos.

De orden del ministro de Gracia y Justicia, comunicada por un volante, se ha mandado a todos los empleados del ministerio que asistan a la estación del Mediodía con toga ó las insignias de su cargo a recibir al rey.

Algunas músicas de regimiento, entre ellas la de ingenieros y alguna otra, han tocado la antigua marcha real borbonica.

Nuestro apreciable colega *El Tiempo* contesta en el siguiente suelto al descaído é imprudente que insertó ayer *El Imparcial*, refiriéndose a la grandeza y los grandes propietarios que han firmado el manifiesto del partido moderado conservador.

Dice así el colega:

«Con la constante persistencia en el error que viene demostrando el órgano del partido cimbromodocrata, estampa hoy *El Imparcial* una delación y una amenaza dirigida a determinadas clases, que solo se mueven dentro de la órbita de la ley. Lamentables son las imprudencias del colega, aunque no es extraño que los habituados a conspiraciones quieran verlas en todas partes.»

Asegúrase anoche, que los hombres que van a componer la nueva situación política se ocupan sin descanso en buscar los medios de proporcionar a palacio una aristocracia que pudiera suplir de cualquier modo la ausencia de la que hoy se ha apartado por completo del alcázar de Oriente.

Parece que D. Amadeo anda algo preocupado con ese vacío que nota en derredor y que puede llenarse fácilmente con cien decretos que hagan grandes a todos los chicos de la revolución.

El medio es infalible, y la autoridad de los agraciados está fuera de toda discusión.

Habiendo suspendido el folletín que venimos publicando para dar mayor extensión a las últimas sesiones de las Cortes Constituyentes, hoy volvemos a continuarlo.

A su terminación, que será dentro de breves días, empezaremos a insertar una interesante novela que ya tenemos traducida, y que reúne a gran moralidad, una dicción pura y elegante.

SECCION DE NOTICIAS.

A consecuencia de haber bajado el termómetro en Madrid hasta marcar 10º bajo cero, tuvieron anteaer lugar dos muertes repentinas.

Anteaer tarde hubo una cuestión en la calle de Embajadores, entre unos milicianos y un paisano, recibiendo este una herida en la cabeza y otra en el costado, de dichos voluntarios.

Anteaer fue encontrado el cadáver de un recién nacido en la calle de Meson de Paredes. El juez de guardia entendió del asunto.

Se ha dispuesto que los soldados que se hallan en sus casas con licencia, se incorporen inmediatamente a sus respectivos cuerpos.

Después de la sesión, la comisión de gobierno interior de las Cortes ha obsequiado con un refresco al cuerpo diplomático y a los diputados; pero el cuerpo diplomático se retiró antes de empezado.

El Sr. Soler, oficial primero de la secretaría de la presidencia, parece que ha presentado la dimisión de su cargo.

Parece que no tiene fundamento alguno la noticia publicada por un colega noticiero dando como probable la salida de España de la señora duquesa de Prim, para fijar su residencia en el extranjero.

Parece que la tertulia progresista va a costear una corona fúnebre al general Prim, invitando a los poetas que quieran consagrar su vena a este asunto a que escriban alguna poesía.

Se ha concedido la gran cruz de Isabel la Católica al conocido banquero D. Carlos Jimenez.

El domingo fondó en Cádiz el vapor-correo de Cuba, con la correspondencia y pasajeros; entre estos se encuentra el general Sr. Caballero de Rodas.

Anteaer se verificaron en el Ateneo las elecciones para algunos cargos de la junta de gobierno, siendo elegidos D. Valeriano Ocasio, consiliario; D. Angel Echea, depositario; D. Gonzalez Cerrajería, secretario; y reelegido bibliotecario, el Sr. Moreno Nieto.

Se ha dispuesto que los aficionados a patinar que quieran hacerlo en el estanque del Parque de Madrid abonen 10 rs. por billete. Es de advertir que esta diversion suele costar en el extranjero 10 y 15 francos.

El domingo a las cuatro y media de la tarde fué hallado por los agentes de orden público el cadáver del guarda de la alcantarilla del puente de Segovia, muerto a consecuencia del frío, puesto que no se le encontró lesión alguna en todo el cuerpo.

El señor juez de guardia dispuso su traslación al depósito del hospital General.

La fonda de Perona se ha trasladado a las nuevas casas del Crédito comercial de la calle de Alcalá frente al café Suizo. Sigue a cargo de su antiguo dueño, y es hoy punto de reunión de cuantos desean comer bien sin hacer grandes gastos.

Anteaer fueron detenidos varios individuos por estufa, por los dependientes de la autoridad.

Ayer no hubo bolsa.

Como precaución inusitada, se vió ayer con estrafaleza que en cada una de las azoteas de las casas de la Puerta del Sol había una pareja de agentes de policía.

Frente al Museo de pinturas resbaló ayer tarde el caballo que montaba un capitán de húsares, el cual fué conducido en muy mal estado a una casa de la calle de Trujeros.

Ha regresado a esta capital el doctor en Medicina Sr. Baselga.

En Alicante a donde fué destinado a petición suya para combatir la epidemia que afligía a aquella población, ha dejado gratos recuerdos, no solo por la actividad y celo con que ha desempeñado su cargo, sino por su acierto en la cura de tan mortífera enfermedad.

El comité central de franceses, organizado hace tiempo en Madrid para gestionar recursos a favor de los heridos franceses, continúa trabajando con incansable afán para el mejor resultado. Este comité tiene establecidos los puntos de suscripción en casa de los Sres. Simon Mayer, Montero, 12; Riviere, Prado, 2; Clement, Carretas; Bandoval, Alcalá; y en las oficinas de la sociedad francesa de Beneficencia, paseo de Recoletos.

Esta noche a las ocho empezará sus lecciones en el Ateneo D. Federico Torralba. Estas lecciones verán después la luz pública bajo el título de *Cristo y la civilización*. La lección de hoy versará sobre la existencia de Dios.

Los facultativos señores marqués de Toca y don José Sansi, no fueron llamados a ver al general Prim hasta hora y media antes de su fallecimiento, cuando ya estaba en la agonía.

En la calle del Noviciado se promovió anteaer tarde una riña entre dos mujeres, resultando una de ellas herida. Esta fué auxiliada en la casa de socorro del primer distrito, y la agresora conducida a la cárcel.

SECCION DE PROVINCIAS.

NOTICIAS DE CUBA.

Por la vía de Nueva-York recibimos las siguientes: «Habana 9 de Diciembre.—El capitán general mandó que sean garrotados dos negros que robaron a una señora en su casa la semana pasada y han sido convictos.

La sentencia se ejecutará mañana.

Cristóbal Mendoza, ex-ministro de Relaciones extranjeras, fué pasado por las armas en Puerto-Príncipe. Una hora antes de morir escribió a sus paisanos una carta, cuyo original está aquí en la Habana, aconsejándoles que depongan las armas y pongan término a un derramamiento inútil de sangre. Dice que esto no los deshonrará y que espera que su vida sea la última que se sacrifique.

Lake City, diciembre 14.—Según noticias de la Habana, ha llegado allí el general Zea, procedente de Puerto-Príncipe, y dice que la revolución está muy cerca de terminar. Duda de que dure dos meses más.

Anrecocha, jefe del estado mayor de los insurrectos en el departamento Oriental, fué capturado y fusilado, cuando trataba de insurreccionar el departamento de Holguín.

Tambien fué capturado y fusilado Cepeda, intendente de Hacienda en las Cinco Villas.

CORTES CONSTITUYENTES.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 2 de Enero de 1870.

PRESIDENCIA DEL SR. D. MANUEL ZORRILLA.

Reunidos los señores diputados en el salón de sesiones, ocupada la tribuna preparada al efecto por el Cuerpo diplomático, y las reservadas y la pública por las autoridades y demás personas convidadas, al señalar el reloj la hora de las dos de la tarde, dijo

El señor PRESIDENTE: Abrese la sesión para el juramento de S. M. el Rey.

El señor secretario Llano y Peral leyó el acta de la sesión del día 30 de Diciembre último, y fué aprobada.

Acto continuo se leyeron por el mismo señor secretario, primero el acta de la sesión de 16 de Noviembre sobre elección de monarca, y segundo el acta de aceptación de la Corona por S. A. el señor duque de Aosta.

Después de un momento de suspensión, se leyó la lista de los señores diputados nombrados para acompañar a S. M. el Rey y a S. A. el Regente del Reino, la cual se componía de los señores siguientes:

Arquiza.—Cantero.—Delgado (D. Justo).—Fernandez Llamazares.—Gomez de la Serna.—Jontoya.—Martos.—Uzuriaga.—Becerra.—Diez Uzurum.—Montejo.—Fuente Alcazar.—Rubio (D. Leandro).—Martin Herre a.—Figuerola.—Damaso.—Romero Girón.—Marqués de Perales.—Navarro y Rodrigo.—Melles.—Santa Cruz.—Torres Mena.—Rivero (D. Nicolás María).—Gonzalez Rocinas.—Alvareda.—Alcalá Zamora (D. Luis).—Sotomayor.—Bañon.—Ferragres.—Moreno Nieto.—Oria.—Coll y Moncaí.

El señor PRESIDENTE: Los señores diputados cuyos nombres acaban de leerse pueden pasar a desempeñar su encargo.

Seguidamente salió del salón la comisión, volviendo poco después y anunciando el Sr. Arquiza que venia a la cabeza de la misma:

«Señores diputados el Rey.»

Al presentarse en el salón S. M. y S. A. resonó un entusiasmo é inmenso grito de viva el Rey! y dijo

El señor PRESIDENTE: Va a entregar los poderes a la Asamblea S. A. el Regente del Reino.

Los señores diputados, con arreglo al ceremonial, se sirvieron ponerse en pie.

Verificado así, llegaron hasta debajo del dosel S. M. y S. A.: y tomaron asiento, S. M. a la derecha del señor presidente, permaneciendo en pie detrás los ministros; S. A. a la izquierda, y ocupando respectivamente sus puestos los señores diputados.

Acto continuo, puesto de pie, leyó el siguiente discurso S. A. el Regente del Reino:

A las Cortes Constituyentes de la nación española.

Señores diputados: La revolución de 1808, iniciada por el esfuerzo de la Marina y el ejército y preparada por el sentimiento de la nación, vino a condenar en esta Asamblea Constituyente; la cual, inspiándose en las necesidades del país, ha dado satisfacción a las aspiraciones liberales y a la necesidad de orden y de reposo que sentía, escribiendo un Código fundamental que da por base política al porvenir de la patria los principios democráticos garantidos por una monarquía tanto mas alta y respetable, cuanto que arranca de la Soberanía popular. (Aplausos.)

Una vez votada la Constitución, la Asamblea creyó deber empezar a desarrollar el sistema por ella adoptado; y mientras se prepara a elegir el príncipe que había de ocupar el trono depositó en mí su confianza, haciéndome la altísima honra de fiar a mi cuidado la guarda del poder público y la dirección de la política por la Cámara proclamada.

Atento desde aquel instante a cumplir con esquisita imparcialidad el deber que me impusisteis, he compartido con la Cámara la responsabilidad del gravísimo período que hoy termina, y no me siento poseído de haber atravesado tantas y tan difíciles pruebas, porque de ellas nos queda a todos el recuerdo de haber cumplido los deberes que la patria nos imponía.

Por fin ha llegado el día de terminar vuestra obra y de resignar yo los poderes que para ayudaros a concluirlos me entregasteis; y al hacerlo, conociendo yo el juicio que mi conducta os ha merecido abandono el alto magistratura que me disteis, tranquilo en mi conciencia, esperando sereno el fallo de mi país y sintiéndome de antemano recompensado de las amarguras que en ella he sentido por el juicio que de mi conducta habéis formado y que queda grabado en lo mas íntimo de mi alma. (Bien, bien.)

Quiera el cielo atender los votos fervientes que a él elevó por la ventura y el porvenir de mi amada patria; y si mi deseo no me engaña, espero que nuestros conciudadanos conservarán grato recuerdo de esta Asamblea, cuya obra va a desarrollarse, en el reinado que hoy empieza y del cual todos esperamos la ventura de esta noble nación! (Aplausos.)

El Sr. PRESIDENTE: Un Sr. Secretario va a leer la Constitución del Estado.

Verificada dicha lectura por el señor secretario Llano y Peral, dijo

El Sr. PRESIDENTE: Se va a proceder al juramento.

Puestos en pie S. M. el Rey, S. A. el regente, los señores diputados y concurrentes, dijo

El Sr. PRESIDENTE: Aceptais y jurais guardar y hacer guardar la Constitución de la nación española de 1809, cuya lectura acabais de oír?

S. M. EL REY contestó con voz clara y enérgica: «*Si juro*».

El Sr. PRESIDENTE: Jurais guardar y hacer guardar las leyes del reino?

S. M. EL REY contestó como anteriormente: «*Si juro*».

«Acepto la Constitución, y juro guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes.»

El Sr. PRESIDENTE: Si así lo hicierais, Dios os lo premie, y si no os lo demande.

Las Cortes constituyentes han presenciado y oído la aceptación y juramento que el rey acaba de prestar a la Constitución de la nación española y a las leyes.

Queda proclamado rey de España Amadeo I. Constituyentes, españoles, ¡viva el rey! (Entusiasmo y unánimes vivas contestaron al señor presidente; dándose aquellos al rey, al regente, al presidente de las Cortes y a la libertad, hasta que salieron del salón con el mismo acompañamiento que habían entrado S. M. y S. A.)

Ocupado de nuevo los asientos los señores diputados, dijo con voz conmovida

El Sr. PRESIDENTE: Señores diputados, tengo el deber de decir algunas palabras, y no sé si podré, porque aunque no estuviera ni alma perturbada por el sentimiento, en un momento como este es seguro que lo estaría por el entusiasmo.

Acabamos de terminar nuestra obra. No le toca al presidente de las Cortes Constituyentes analizarla, ni podría hacerlo en este momento; pero yo creo que cualquiera que sea el juicio que en los momentos ac-

tuales merezcan nuestras tareas a que tro contemporáneos; han de ser juzgadas con mas calma, con mas pasión y segu: merecen, y nos han de hacer justicia cumplida los que escriban la historia después de algunos años. Ni una palabra mas acerca de las Cortes Constituyentes.

Nos vamos a disolver: acaba de hacer la renuncia de sus poderes S. A. el regente del reino: acabais de oír a S. M. el rey; al brigadier Topete: inspirémosnos en la imparcialidad y en el patriotismo del uno; inspirémosnos en el patriotismo y en la abnegación del otro.

Y permitidme, señores diputados, que el último recuerdo desde este sitio, ya que mi dolor, ya que mi pena, ya que la necesidad de acompañar a una familia querida no me permitió estar con vosotros en la última sesión, que el último recuerdo desde este sitio se lo tribute al amigo querido, al amigo de todos vosotros, que el grande es el día de hoy, que si grande es el acto que acabamos de presenciar, no son menos grandes sus servicios a la patria y a la libertad.

(Bien, bien: aplausos prolongados.)

Inspirémosnos por consiguiente tambien en el patriotismo, en las virtudes, en la constancia de que tantas pruebas, de que tan insignes ejemplos ha dado a su país y nos ha dado especialmente a nosotros, durante estos dos años; y comprometámonos todos, ya que otra cosa no podemos hacer, a que la memoria del general Prim sea sagrada para todos los diputados constituyentes, y a que sean sagradas para todas las personas de su ilustre vida y de sus desgraciados huérfanos; y puesto que hemos de tener una bandera y la necesitamos para un porvenir que será mas ó menos borrascoso, pero que de todos modos no será muy tranquilo, inspirémosnos en el lema vivo defendiendo la libertad y que ha muerto inspirándose y proclamando la monarquía. ¡Viva, pues, la libertad y viva la monarquía!

Quedan terminadas las tareas de las Cortes constituyentes. (Repetidos y prolongados vivas contestaron a los del Sr. Presidente.)

Se levantó la sesión acto continuo.

Bran las tres.

SECCION OFICIAL.

(Gaceta del domingo.)

Presidencia del Consejo de ministros: Decreto disponiendo que se tributen al cadáver del conde de Reus los honores de capitán general de ejército que muere en plaza con mando y que con iguales honores se celebren exequias en todas las capitales de los distritos militares; que se le de sepultura al cadáver en Atocha; que la espada del conde de Reus se deposite en el museo de artillería, y que durante tres días desde el día de la fecha visiten de rigoroso luto todas las clases del Estado en Madrid y provincias, a contar en estas desde el día en que se celebren las exequias en las capitales de los distritos.

Orden de la comitiva que acompañará al cadáver del conde Reus en su traslación desde el palacio de Buenavista a la Basílica de Atocha.

DECRETO.

Como Regente del Reino, en atención a lo dispuesto en el art. 17 de la ley orgánica del Consejo de Estado, y de conformidad con lo propuesto por el presidente del mismo,

Vengo en disponer que las secciones de aquel alto cuerpo se compongan en el año de 1871 del número é individuos siguientes:

Sección de Estado y Gracia y Justicia.

D. Juan Bautista Alonso, Presidente.

D. Pedro Sabau.

D. Manuel Lasala.

D. Miguel de los Santos Alvarez.

D.

Sección de Guerra y Marina.

D. Fernando Otonero y Chacon, Presidente.

D. Juan de Dios Ramos Izquierdo.

D. Tomás Acha Alvarez.

D. Francisco Esudero y Azara.

D. Rafael Primo de Rivera.

Sección de Hacienda y Ultramar.

D. Ramon María Calatrava, Presidente.

D. Eugenio Moreno Lopez.

D. Manuel Sanchez Silva.

D. Bonifacio Cortés Llanos.

D. Camilo Labrado.

Sección de Gobernación y Fomento.

D. Pedro Nolasco Arioles, Presidente.

D. Manuel María Uragón.

D. Manuel Baldasno.

D. José España.

D. Francisco de los Rios y Rosas.

Dado en Madrid a treinta y uno de Diciembre de mil ochocientos setenta.—Francisco Serrano.—El Presidente interino del Consejo de Ministros, Práxedes Mateo Sagasta.

MINISTERIO DE HACIENDA.

LEY.

D. Francisco Serrano y Domínguez, Regente del Reino por la voluntad de las Cortes Soberanas; a todos los que las presentes vieren y entendieren, salud: Las Cortes Constituyentes de la nación española, en uso de su soberanía, decretan y sancionan lo siguiente:

Artículo 1.º Las actuales disposiciones sobre Deuda flotante del Tesoro, contenidas en el art. 7.º de la ley de 3 de Junio de 1870 y en el Apéndice letra B, agregado a la misma, quedan modificadas de la manera siguiente:

1.º Esta Deuda estará representada por billetes del Tesoro a vencer en 3, 6, 9, 12, 15 y 18 meses fecha, con un interés de 12 por 100 anual, pagadero por trimestres vencidos, y su emisión se verificará en seis series, a saber: primera, de 75 pesetas con 75 céntimos de peseta de interés mensual; segunda, de 750 pesetas con 7 pesetas y 50 céntimos de interés mensual; tercera, de 1.500 pesetas con 15 pesetas de interés mensual; cuarta, de 3.000 pesetas con 30 de interés mensual; quinta, de 6.000 pesetas con 70 pesetas de interés mensual; sexta, de 12.000 pesetas con 120 pesetas de interés mensual.

2.º La emisión de los billetes de la Deuda flotante se verificará por cualquiera de los tres medios siguientes: primero, por pago directo a los acreedores del Estado y de acuerdo con estos; segundo, por contratiempos; tercero por subasta. La emisión por cualquiera de los dos últimos medios y el tipo de subasta y negociación se anunciarán en la Gaceta. Los particulares podrán hacer esta negociación directamente y sin intervención de corredor ni agente oficial.

3.º Los billetes de la Deuda flotante no satisfichos en su vencimiento serán admitidos por todo su valor nominal en pago de la tercera parte de cualesquiera contribuciones y rentas públicas. Igualmente serán admitidos dichos billetes por su valor nominal como dinero efectivo en las fianzas y depósitos que exijan las dependencias del Estado.

4.º El máximo de emisión de billetes de la Deuda flotante durante el año económico de 1870 a 71 será igual a la tercera parte de los gastos autorizados por las Cortes.

Art. 2.º El ministro de Hacienda cuidará de asegurar la recaudación de las contribuciones, rentas y derechos del Estado, adoptando al efecto las medidas que estime necesarias con sujeción a las leyes.

Art. 3.º Se autoriza al ministro de Hacienda para conceder moratorias ó quitas a los deudores por contribuciones y rentas anteriores al ejercicio de 1869 a 70, previas las justificaciones que estime convenientes. Del uso que el ministro de Hacienda hiciera de esta autorización dará cuenta a las Cortes en la primera reunión.

De acuerdo de las Cortes Constituyentes se comunicó al Regente del Reino para su promulgación como ley.

Palacio de las Cortes veintiocho de Diciembre de mil ochocientos setenta.—Manuel Zorrilla, Presidente.—Manuel de Llano y Peral, diputado secretario.—Julian Sanchez Riano, diputado secretario.—Francisco Javier Carratala, diputado secretario.

Por tanto:

Mando a todos los tribunales, justicias, jefes, gobernadores y demás autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas de cualquier clase y dignidad, que lo guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar en todas sus partes.

Madrid treinta y uno de Diciembre de mil ochocientos setenta.—Francisco Serrano.—El ministro de Hacienda, Segismundo Moret.

Ministerio de la Guerra.—Decreto nombrando director general de caballería a D. Lorenzo Milans del Bosch; consejero del Supremo de la Guerra a D. Antonio Lopez de Letona; capitán general de Galicia a D. Mariano Solás del Fangar, y capitán general de las islas Baleares a D. Juan Acosta.

Ministerio de Gracia y Justicia.—